

EL TEATRO.  
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

---

ENTRE EL DEBER  
Y  
EL DERECHO,

DRAMA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL Y EN VERSO

POR

DON ANTONIO HURTADO.

---

SEGUNDA EDICION.

---

MADRID.  
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.  
OFICINAS: POZAS—2—2.º

1878.

||

AUMENTO Á LA ADICION DE 13 DE ABRIL DE 1878.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponden
<b>COMEDIAS Y DRAMAS.</b>			
Bodas trágicas.....	1	D. José Echegaray.....	Todo.
Contra soberbia humildad.....	1	José del Castillo.....	»
El afan de bullir.....	1	Mariano Chacel.....	»
El amor y la sotana.....	1	J. y Tomás de Asensi	»
El arte de ser feliz.....	1	José Hernandez.....	»
El sargento y el patan.....	1	Cárlos Calvacho.....	»
El secreto del tio.....	1	José Ossorio.....	»
El tio Anguilla.....	1	Antonio Rodriguez..	»
Enmendar la plana á Dios.....	1	E. Zamora y Caball.º	»
Jugar con la misma carta... ..	1	Tomás de Asensi....	»
La bruja Celestina.....	1	Cárlos Calvacho.....	»
La locura de amor.....	1	E. Z. y Caballero... .	»
La máspreciada riqueza.....	1	Franc. Flores García.	»
La perra de mi mujer.....	1	J. Jackson Veyan... .	»
Las dos bellezas.....	1	Leopoldo Parejo... .	»
Los sustos.....	1	Antonio Rodriguez..	»
Llevar la corriente.....	1	F. Flores García....	»
Peor que mi suegra.....	1	Eduardo Navarro....	»
Quedarse zapatero.....	1	Ednardo Guillen....	»
Quiebras del oficio.....	1	P. M. Barrera.....	»
Una chica alemana.....	1	E. de S. Fuentes....	»
Una palabra empeñada.. . . .	1	M. Baquero.....	»
Un defecto.....	1	Franc. Flores García.	»
Vaya un viaje.....	1	Pascual y Cuellar....	»
¡Al santo, al santo!.....	2	M. Echegaray.....	»
Bueno como el pan.....	2	E. C. Navarro.....	»
Curarse de mal de suegra.....	2	M. Vallejo.....	»
La filoxera del poder.....	2	Mariano Chacel.....	»
La locura contagiosa.....	2	E. Zamora y Caballero	»
Algunas veces aquí.....	3	José Echegaray.....	»
Contra viento y marea.....	3	M. Echegaray.....	»
Correr en pos de un ideal.....	3	José Echegaray.....	»
Cuenca por Alfonso Vill.....	3	R. Bortado.....	»
El Doctor Diógenes.....	3	J. Zorrilla y Pacheco.	»
El yerno del señor Manzano.....	3	E. Carbou y J. Martin y Santiago.....	»
Grandezas Humanas.....	3	J. A. Cavestany.....	»
La primera en la frente.....	3	Luis Pacheco.....	»

**ENTRE EL DEBER Y EL DERECHO.**



# ENTRE EL DEBER Y EL DERECHO,

DRAMA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL Y EN VERSO

POR

**DON ANTONIO HURTADO.**

Primera obra estrenada en el Teatro de APOLO, y extraordinariamente  
aplaudida la noche del 2 de Diciembre de 1873.

---

SEGUNDA EDICION.

---

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1878.

**PERSONAJES.**

**ACTORES.**

LUISA, 30 años. . . . .	SRA. D. <sup>a</sup> MATILDE DIEZ.
ANGELINA, hija, 10. . . . .	SRTA. VARELA.
MALDONADO, coronel, 34. . . . .	SR. CATALINA (D. M.).
DON FÉLIX, abogado 34 . . . . .	SR. VICO.
DON PEDRO, general, 60. . . . .	SR. CEPILLO.
ROQUE, asistente, 50. . . . .	SR. FERNANDEZ (D. M.).

---

La escena pasa en Talavera: 1818.

---

Esta obra es propiedad de los Sres. HIJOS de A. GULLON, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galería Lirico-Dramática, titulada El Teatro, de dichos Sres. HIJOS de A. GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad

Queda hecho el depósito que marca la ley.

**AL EXCMO. SEÑOR**

**DON ADELARDO LOPEZ DE AYALA,**

**EX-MINISTRO DE ULTRAMAR.**

Permite que al frente de esta obra que te dedico, vaya tu nombre, dos veces esclarecido, como poeta y como hombre de estado.

Si el primero merece los aplausos del que como yo te admira, el segundo merece los respetos de los que como yo rinden tributo á la varonil entereza con que has sabido defender la integridad del territorio patrio.

Sobre esas cualidades que te enaltecen, hay algo más que me obliga á poner mi obra al amparo de tu nombre. Ese «algo», es el cariño inalterable de tu siempre amigo

*Antonio,*

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY  
1215 EAST 58TH STREET  
CHICAGO, ILL. 60637  
TEL: 773-936-3300  
WWW.CHICAGO.EDU



---

## ACTO PRIMERO.

---

Salon lujosamente amueblado al gusto de la época, con puertas á derecha, izquierda y fondo. Al abrirse la escena, Angelina aparece huyendo de Roque, y dan vueltas á un velador hasta que Roque la pilla.

### ESCENA PRIMERA.

ANGELINA, ROQUE.

- ROQUE. Alto, señora Angelina.  
ANG. Cógeme, ven, mala maña.  
ROQUE. Hoy hay cepo de campaña por falta de disciplina.  
ANG. Yo al cepo, Roque! (Riendo.)  
ROQUE. (Siguiéndola.) Cabal, al cepo; verás qué lindo. ¿No te rindes?  
ANG. No me rindo, anda. (Dan vueltas.)  
ROQUE. (Cogiéndola.) Te pillé.  
ANG. Ay! (Dando un grito con alegría infantil.)  
ROQUE. (Con triunfo.) Qué tal?  
ANG. Suéltame.  
ROQUE. Á ver!... ¿quién te escuda?  
ANG. Suéltame, Roquito.  
ROQUE. Nada;

- hoy será usted castigada  
por uraña y testaruda.
- ANG. Pues me enfadaré. (Con enojo.)
- ROQUE. Sí?
- ANG. (Con energía.) Sí.
- ROQUE. Si usas de tal privilegio,  
ya que voy por tí al colegio,  
no iré esta tarde por tí.
- ANG. (Vivamente con cariño.)  
Ah! no, no, ya me someto:  
yo haré todo lo que deba.
- ROQUE. Pues cuádrese usted en prueba  
de obediencia y de respeto.
- ANG. (Lo hace.) Estoy así bien?
- ROQUE. Cabal.  
Ahora la mano al escudo  
y aprenda á hacer el saludo  
á un caballero oficial.  
En cuatro tiempos.
- ANG. Ya sé.
- Uno.  
(Levanta el brazo, tendido á la altura del hombro.)
- ROQUE. Bravo, exactamente.
- ANG. Dos. (Lleva la mano á la frente.)
- ROQUE. Já, já!... Mano á la frente,  
y esta inclinada hácia el pie.
- ANG. Tres. (Vuelve á tender el brazo.)
- ROQUE. Se larga una bolacha.
- ANG. Y cuatro. (Deja caer la mano.)
- ROQUE. Mano al bombacho.  
Está bien; bravo muchacho,  
quiero decir, bien, muchacha.  
Te juro por Belcebú  
que en los años que he servido,  
nunca un recluta he tenido  
de mejor *pesquis* que tú.  
Te relevo del servicio  
por hoy; vamos, ¿qué vacilas?
- ANG. Se acabó?
- ROQUE. (Con tono de instructor.)  
Sí; rompan filas!...
- ANG. (Riendo y palmoteandó.)

Bravo!... acabé el ejercicio.

## ESCENA II.

DICHOS, LUISA, por una puerta, y D. PEDRO, en traje de salir, por otra.

- PEDRO. (Mirando á Roque, que se cuadra.)  
El ejercicio!...
- ANG. (Corriendo á Luisa.) Ah! mamaita!...  
¿Me dejas que te dé un beso?
- LUISA. Uno solo? (Abrazándola y besándola.)
- ANG. No, millones.
- LUISA. ¿Qué ha ocurrido en el colegio  
que has tardado tanto?
- ANG. Nada;  
si estoy en casa hace tiempo!
- LUISA. De veras?
- ANG. Pero este Roque,  
que es tan gruñon como viejo,  
me ha retenido en castigo  
de no sé qué falta...
- PEDRO. Entiendo;  
te habrá echado la ordenanza  
encima; si es lo más necio!  
¿Qué te ha enseñado?
- ROQUE. (Riendo.) Á ser fina;  
el saludo en cuatro tiempos.
- PEDRO. ¡Como á un quinto!
- LUISA. (Con cariño.) Y por qué causa  
ese castigo te ha impuesto?
- ROQUE. Puedo hablar?
- PEDRO. Habla, sepamos  
la razon de tal suceso.
- ROQUE. Pues bien, ya sabe vuescencia...
- PEDRO. Déjate de tratamientos  
y al grano.
- ROQUE. Ya sabe usía  
que hace tres dias tenemos  
como alojado en la casa  
á un coronel de lanceros.
- LUISA. (Vivamente.) Es verdad.

ROQUE. Un guapo mozo...

LUISA. Con quien está en descubierto mi esposo, que aún no ha bajado á hacerle el ofrecimiento de la casa.

PEDRO. (Riendo.) Tu marido es descuidado en extremo en estas cosas.

LUISA. (Con disgusto.) Oh! mucho!... ¡Si usted viera lo que siento estas faltas!...

PEDRO. (Á Roque.) Pero sigue, que te escuchamos atentos.

ROQUE. Es un mozo como un pino, alto, delgado, derecho, color claro, guapa *fila*, buen mostacho y cabos negros. Cuando por la vez primera le guipé, sentí en el pecho un no sé qué, un reconcomio que me entrecogió el aliento. Le digo á ustés que á su vista se me pusieron los pelos lo mismo que los de un gato cuando lo sorprende un perro.

PEDRO. ¿Y por qué?

ROQUE. Porque es la efigie, el retrato verdadero, la misma estampa, la copia de aquel que lloramos muerto.

PEDRO. (Vivamente.) De mi Juan?

LUISA. (Con interés y curiosidad.) De mi marido?

ROQUE. De su marido primero, si señora, de Juanito, de su Juan que esté en el cielo. (Á D. Pedro.)

PEDRO. Tanto parecido tiene?

ROQUE. Igual que un huevo á otro huevo.

LUISA. Es jóven pues?

ROQUE. ¿Que sí es jóven? si debe ser de su tiempo!...

LUISA. Qué casualidad! (Con asombro.)

- PEDRO. (Suspirando.) Prosigue.
- ROQUE. Pues prosigo con mi cuento.  
Al entrar há poco en casa,  
topó con los dos, y al vernos,  
se detuvo ante la niña,  
la estuvo mirando atento,  
y acariciando sus rizos,  
estampó en su frente un beso.  
Yo por lo bajo la dije:  
«saluda á ese cabayero,»  
más ella sin atenderme  
el patio cruzó corriendo,  
y subió las escaleras  
con más presteza que el viento.
- PEDRO. ¿Sin saludarle?
- ROQUE. Cabales.
- LUISA. Sin darle gracias?
- ROQUE. Ni un pelo.
- PEDRO. Mal hecho. (Con gravedad.)
- ANG. (Con rubor infantil.) Me dió vergüenza.
- LUISA. Vergüenza?
- ANG. Vergüenza y miedo.  
Me miró de una manera...
- ROQUE. Bah!... niña, no digas eso;  
como te vió tan preciosa  
se quedó mudo y suspenso.  
Eso fué todo.
- LUISA. (Con seriedad.) Hija mia,  
eso ha estado muy mal hecho.
- ANG. (Con rubor infantil.)  
Bueno, riñeme tú ahora!
- LUISA. Es que reprenderte debo  
cuando faltas. (Con gravedad cariñosa.)
- ANG. (Llorando.) ¿Lo ves, Roque?  
hablador, ya no te quiero. (Con enojo.)
- ROQUE. (Cariñosa.) Vamos, niña, no te enfades,  
pelos al mar.
- ANG. Por supuesto;  
¡después de haberme acusado  
á mamá! Yo te prometo...
- LUISA. (Con seriedad.) Vete á jugar y no jures,  
que eso en las niñas es feo.

ANG. (Llorando.) Bueno, tú ya no me quieres,  
lo diré á papá en viniendo. (Sale fondo.)

· ESCENA III.

LUISA, D. PEDRO, ROQUE.

ROQUE. Carape!... ¡no puedo ver  
que la riñan! voy de un salto...

PEDRO. (En voz de mando.)  
Alto, señor Roque, alto,  
(Roque se cuadra.)  
eso es echarla á perder;  
tú con tu marcial instinto  
das márgen á tanta riña.  
¿Crees que se educa á una niña  
como se alecciona á un quinto?

ROQUE. No señor, mas no está mal  
que algo sepa del oficio,  
la que pudo á mi juicio  
ser nieta de un general.

PEDRO. Por desgracia de los dos (Señalando á Luisa.)  
no es mi nieta.

ROQUE. Eso es muy cierto:  
mas si Juan no hubiera muerto,  
¿no lo fuera, voto á bríos?  
No hubiera sido su padre  
el que está comiendo tierra?

PEDRO. Basta, Roque, el labio cierra.

ROQUE. Ofendo acaso á la madre?

LUISA. Ah! no. (Se enjuga las lágrimas.)

PEDRO. Mas la hace llorar  
recuerdo tan desdichado.

ROQUE. Pues si encuentra al alojado  
muy mal rato va á pasar.

PEDRO. De verás? (Con curiosidad.)

ROQUE. Tiene el aquel  
del que murió tan perfecto,  
que á no haberle visto muerto  
hubiera dicho que es él.  
Su mismo gesto, su voz,

su ademan grave y artivo;  
digo á usted que es don Juan vivo,  
porque el símil es atroz.

Se acuerda usted que en la sien  
un lunar pardo tenía?...

Pues, carape, sepa usía  
que tiene el lunar tambien.

LUISA. ¡Ay, Roque, me haces temblar!...

PEDRO. Vaya, Roque, ¿estás soñando?

ROQUE. Ayer lo estuve mirando  
en la Cruz del clivar.

PEDRO. En mi quinta? (Sorprendido.)

ROQUE. Ayer mañana  
cogiendo flores le ví:  
todos los días va allí  
despues que tocan diana.

LUISA. Y le hablaste?

ROQUE. Por supuesto;  
subió al alto del cortijo,  
y mirando al campo dijo:  
¡qué bonito es todo esto!  
¡qué bien se respira aquí!

PEDRO. ¿Eso dijo? (Pensativo.)

ROQUE. Soy yo lerdo?  
y añadió: ¡más de un recuerdo  
tiene aquesto para mí!

LUISA. (Con suma curiosidad.)  
Eso más?

ROQUE. Yo con un guiño  
hecho al aire, pregunté:  
¿pues cuándo ha estado aquí usted?  
y él respondió: «cuando niño.»  
«Mi padre fué militar,  
y cuando á caza venía,  
le acompañé más de un día  
por ese campo á cazar.»

PEDRO. Y qué más? (Con terror.)

ROQUE. No dió más luz,  
se le arrasaron los ojos,  
y á ponerse fué de hinojos  
á la vera de la cruz.  
Yo iba haciéndole pareja,

y yendo los dos andando,  
vamos, lo fui reparando  
dende los piés á la ceja.

PEDRO. Y tú le viste el lunar? (Conmovido.)

ROQUE. (Con calor.) Soy ciego?

PEDRO. (Ap.) (Cosa más rara!

ROQUE. Con los ojos de esta cara  
que la tierra han de tragar.

LUISA. Basta, vete con la niña.

PEDRO. (Ap.) (Sin duda es él.)

ROQUE. Allá voy:

cuando lejos de ella estoy,  
soy como guarda sin viña.

(Sale y saluda militarmente.)

## ESCENA IV.

LUISA, D. PEDRO.

LUISA. ¿Será cierto que ese hombre  
tanto á Juan se le parezca?

PEDRO. (Ap.) (Por qué no lo habrá impedido  
el ministro de la Guerra?)

(Alto.) Eh! no por cierto, ese Roque  
es así, siempre exagera;  
en el cristal de sus ojos  
todo crece, todo aumenta.

Le vió nacer, fué su guía,  
su ayo, su amigo en la tierra,

le vió morir en el campo  
bajo las lanzas francesas;

¿qué mucho, que al ver á un jóven  
militar, lleno de fuerza,

en el vigor de una vida  
deslumbradora y soberbia,

la imágen del que perdimos  
se represente en su idea?

Á veces, cuando á mis ojos  
un hombre así se me muestra,

ébrio de salud, bizarro,  
y tan galán como él era,

bajo llorando los ojos,



y en son del que sufre y reza,  
murmuro: «así, así sería  
mi pobre Juan si viviera!

LUISA. (Sollozando.) Ay! desdichado!

PEDRO.! (Con profunda resignacion.) ¡Rigores  
de nuestra fortuna adversa!

Yo le ví morir un dia  
en esa campiña amena,  
y su muerte conmemora  
esa tosca cruz de piedra.

LUISA. Ay! dulcísima campiña!

La mejor de Talavera!

Allí nació mi ventura,  
y allí por siempre está muerta.

PEDRO. Cierto, sí: allí están mezcladas  
nuestras venturas y penas,  
nuestras santas alegrías,  
nuestras desdichas perpétuas.

Qué se ha de hacer? Dios lo quiso!  
no hay más que tener paciencia.

LUISA. ¡Harta, señor, necesito!

PEDRO. Ya lo veo, y me exaspera  
ver que en desvíos te pagan  
lo que todo en tí es fineza  
y amor.

LUISA. (Llorando.) ¿Usted lo ha advertido?

PEDRO. ¿No he visto más de una escena?

¿No conozco que tu esposo  
torcido el gesto presenta  
á cada paso?

LUISA. (Llorando.) Ay!

PEDRO. Á veces  
su grave actitud me ciega,  
y estoy por romper por todo,  
y estoy por pedirle cuentas.

¿Qué causa tiene su enojo?

¿Qué le ocurre? ¿Qué sospecha?

¿Es falta de amor? ¿Son celos  
acaso los que le alteran?

LUISA. Qué sé yo! Más de tres meses  
hace ya que su faz seria  
denuncia á mi amor de esposa

que mi amor no le contenta.  
Por qué? no sé. Á nadie veo,  
nadie en esta casa entra;  
el hogar es templo y calle  
para mí: nada recrea  
el hastío de una vida  
que á serme pesada empieza,  
sino el amor de esa hija  
que de mi amor le dí en prenda,  
y que por ser prenda suya  
la amo más, porque es su esencia.

PEDRO. No lo entiendo.

LUISA. Yo tampoco,  
mas quiero que se esclarezca:  
que su silencio me ofende,  
y ya me cansa su ofensa:  
sin duda de mí...

PEDRO. ¡Oh! imposible!

LUISA. Si duda, ¿por qué no prueba?

PEDRO. Tendrá otro amor?

LUISA. (Con dignidad.) No lo creo,  
no cabe en él tanta mengua.  
Es honrado, es caballero:  
siempre que sale revela  
dónde va: nunca sus actos  
van envueltos en tinieblas.

PEDRO. Digo que no lo comprendo.

LUISA. Quién habrá que lo comprenda?  
Hay en su extraña conducta  
una causa tan secreta,  
que es locura perseguirla,  
y adivinarla es quimera.

PEDRO. Oye. Aunque á mí se me alcanza  
muy poco en estas materias,  
te diré lo que me ocurre,  
y me ocurre este dilema.  
Todo amor produce celos,  
los celos producen guerra,  
y cuando en un matrimonio  
anda la paz por las tejas,  
es que hay celos de por medio,  
bien con razon, bien sin ella.

Que hay celos aquí, está claro,  
porque si celos no hubiera,  
la dulce paz de otros días  
siguiera mansa y serena,  
como sigue quieto un lago  
cuando ni el aire lo quiebra.

Que tú no le das motivo,  
eso se alcanza á cualquiera;  
que él no falta, tú lo has dicho,  
y doy tu razon por buena.

Que el disgusto le consume,  
lo ve un ciego: luego es fuerza  
buscar la causa aquí dentro,  
no estando la causa fuera.

LUISA. Siga usted, que atenta escucho. (Pensativa.)

PEDRO. Pues sígueme oyendo atenta.  
Roque no es hombre que inspire  
dentro de casa sospecha,  
¿no es verdad?

LUISA. (Sonriendo.) Quiá! Pobre Roque!

PEDRO. Luego si hay aquí quien pueda  
causar enojos y celos,  
soy yo.

LUISA. (Con asombro.) Padre! ¿usted?

PEDRO. Espera.

Padre soy de aquel tu esposo  
que Dios llamó á su presencia:  
testigo fuí de su dicha  
tres meses ó cuatro apenas;  
víneme á vivir contigo  
ántes de acabar la guerra,  
y al formar tú nuevos lazos,  
tu esposo, dando una prueba  
de gran corazón, no quiso  
que de tu lado me fuera.

LUISA. Y eso qué arguye?

PEDRO. Que á Félix  
hoy aquel rasgo le pesa.

LUISA. Oh!... Señor. ¿usted le ofende!

PEDRO. Algo mi cariño resta  
al suyo: acaso le estorbo  
ó tiene reminiscencias

de otra edad; tambien los celos  
del pasado se alimentan.

¿Quién sabe si su recuerdo  
hoy su mal humor engendra?

LUISA. (Pensativa.) Será posible?

PEDRO. ¿Posible?

Tiene pliegues la conciencia  
tan escondidos!... Mas calla,  
déjame con él, que él llega,  
y sondar quiero ese abismo  
en que sus celos fermentan.

LUISA. (Asombrada.) Dios mio! Será eso cierto?

PEDRO. Vete.

LUISA. (Ap. saliendo.) (Me espanta esa idea.)

## ESCENA V.

D. PEDRO, solo.

Qué impenetrables secretos  
el alma del hombre encierra!  
¡Los celos de lo pasado!  
¡Qué enfermedad más funesta!  
Debe ser fiera, implacable,  
irresistible, tremenda.  
Quién podrá curarla? Nadie;  
la muerte que no recuerda.

## ESCENA VI.

D. PEDRO y D. FÉLIX.

FELIX. Felices, mi general. (Expansivo.)

PEDRO. (En igual tono.) Hola, señor abogado!  
Parece que has madrugado;  
hay mucho que hacer?

FELIX. Tal cual.

PEDRO. Vienes del juzgado?

FELIX. Pues.

- PEDRO. Hay pleitos?
- FELIX. Mucho embolismo.
- PEDRO. Siempre sucede lo mismo tras una guerra.
- FELIX. Así es.  
Tras de los lances sangrientos que de horror cubren la tierra, viene luégo esta otra guerra de escritos y pedimentos. Guerra terrible y cruel cuyo estrago á nada iguala, que á veces más que una bala mata un pliego de papel. La herencia, la particion, la prioridad á una suerte: ¡El derecho! ¡Esa otra muerte que mata sin compasion! Todo en confuso tropel á nueva lid se abalanza; ¡mas quién en tal lid alcanza ni una rama de laurel?
- PEDRO. El que no imite á Proçusto y no falle por cohecho.
- FELIX. Ah! que no siempre el derecho es la expresion de lo justo. Hoy me ofrece la experiencia una prueba á este aforismo; ¡media á veces tal abismo (Estremeciéndose.) de la ley á la conciencia!
- PEDRO. Qué es ello?
- FELIX. (Estremeciéndose.) Un caso que espanta y que asusta analizarlo. (Con repugnancia.) Qué horror!... ni a un quiero contarle, se me anuda la garganta. Va usted fuera? (Variando de tono.)
- PEDRO. No.
- FELIX. Creí...
- PEDRO. Voy á ver á Maldonado, al coronel que alojado tenemos en casa.
- FELIX. (Con fria vaguedad.) Ah! sí.
- PEDRO. Dice Roque, cosa rara!

que es tan exacto á mi Juan,  
que ardo en vivísimo afán  
de mirarle cara á cara.

FELIX. Ya!...

PEDRO. No debo conocer  
á un hombre así?

FELIX. (Concentrado.) Sí, es verdad.  
(Ap. pensativo.) (La misma curiosidad  
puede tener mi mujer.)

PEDRO. No has bajado á verle?

FELIX. (Con indiferencia.) ¡Yo!  
¿Para qué?

PEDRO. Yo presumía  
que un deber de cortesía  
te obligaba á hacerlo.

FELIX. (Con frialdad.) Oh, no.  
¡Es tan agreste mi masa  
y es mi genio tan adusto!  
Usted puede hacer su gusto  
y hasta ofrecerle la casa.

PEDRO. Oh! jamás!... En tal supuesto,  
renuncio á verle.

FELIX. (Con vaguedad.) Por qué?

PEDRO. Porque al ir le obligaré  
á serte al cabo molesto.  
Y no quiero ni es razon  
que tras una y otro excusa,  
conozca al fin que rehusa  
tratar con él su patrón.

FELIX. (Vivamente.) Oh!... no lo digo por tal,  
no señor, siga en su empeño.  
¿No ha sido usted siempre dueño  
de esta casa, general?...

PEDRO. Gracias, mas sé lo que hacer;  
no le veré, que no es justo  
á tí ofrecerte un disgusto,  
y otro luégo á tu mujer.

FELIX. Ella un disgusto? (Con extrañeza.)

PEDRO. Y pesado.

FELIX. ¿Por qué? (Con recelo.)

PEDRO. Dalo por tenido:  
¿si es de su primer marido

el retrato Maldonado!...

FELIX. Ah! sí. (Dominando su disgusto.)

PEDRO. Ya ves!

FELIX. (Sombrio.) Es verdad,  
¿á qué turbar su sosiego?

PEDRO. Claro! Adios!  
(Ap., saliendo.) (No he sido ciego.)

FELIX. Abur!

PEDRO. (Ap., saliendo.) (Dí en la enfermedad.)

## ESCENA VII.

FÉLIX, solo.

(Despues de un momento.)  
Casualidad más extraña!  
¿Quién á ese hombre ha traído  
por aquí? Ya le aborrezco  
cual si fuera mi enemigo.  
Quiere verle!... Lo comprendo;  
si se parece á su chico,  
es natural!... ¡Pero ella!...  
ella tambien, con ahinco  
querrá conocerle! es claro!  
¡retrato de aquel marido  
que logró su amor primero!  
¡Amor que acaso está vivo  
en su corazon!... Oh! infierno,  
quisiera arrancarme el mio!  
(Pausa con ira concentrada.)  
Estos padres y estos viejos  
pierden el tacto esquisito  
con la edad!... Oh!... ¿qué apostamos  
á que mi esposa ha sabido  
por don Pedro, que ese hombre  
es la imágen de su hijo?  
¿Qué apostamos á que en ella  
ha brotado de improviso  
el afan de conocerle,  
de compararle? de fijo! (Con desden.)  
Y estos viejos, estos padres

no saben que con un dicho  
se despierta en las mujeres  
el recuerdo mal dormido  
de otra edad, de otros amores,  
de otros goces infinitos,  
por ser pasados, supremos,  
vehementes por ser perdidos?  
¿No se habrán nunca asomado  
á los bordes de ese abismo  
á que se asoman á veces  
las almas de los maridos?  
¿No habrán sorprendido nunca  
en la mujer los vestigios  
de otro amor que se revela  
en mal ahogados suspiros,  
en frases entrecortadas  
ó en relámpagos sombríos,  
de mal humor? ¡Insensatos!  
¿Pues cómo, si tal han visto,  
soplan un foco de lumbre  
con la imprudencia de niños?  
(Con calor.) Ni amó nunca, ni amar sabe  
quien esto entrega al olvido.

## ESCENA VIII.

FÉLIX, ANGELINA, como hablando con Roque.

- ANG. Vete, que aquí está papá.  
FELIX. (Cambiando de tono.)  
Oh! mi amor! ¿de dónde vienes?  
ANG. Del jardín.  
(Reparándole.) ¡Qué cara tienes!  
Has reñido con mamá?  
FELIX. Yo? no!... Jesús! (Sorprendido.)  
ANG. (Con calor infantil.) Sin misterio.  
FELIX. No, niña, ¡en curiosa das!  
ANG. (Sonriendo.) Es que como siempre estás  
con ella en casa tan serio,  
he pensado al verte así  
tan espetado y adusto,



que acaso un nuevo disgusto  
ha ocurrido por aquí.

FELIX. Calla! angelito de Dios!

¿Conque eso ya te se alcanza?

ANG. Pues no? Muy mál va la danza  
cuando estais serios los dos.

FELIX. ¿De quién aprendes tú eso?

ANG. ¿De quién ha de ser? De mí.

(Con tristeza,) Cuando estais los dos así,  
¿me dais ni siquiera un beso?

FELIX. (Avergonzado la besa.)

(Ap.) (Oh!... mi bien! Tiene razon.

¿Quién esta falta redime?)

ANG. Si vieras tú cual se oprime  
entónces mi corazon!

FELIX. De veras? ¿Pena te da? (Con sumo cariño.)

ANG. Pues no quieres que me aflija?

¿No llora siempre una hija  
cuando llora su mamá?...)

FELIX. (Ap.) (Cierto...

¿Dios mio! ¿qué escucho?)

Tanto la quieres?

ANG. La adoro.

FELIX. (Enternecido y con calor.)

Eso quiero yo, tesoro,  
que la quieras mucho, mucho.

ANG. De veras? Pues tras su huella  
ahora á su cuarto me voy  
á besarla.

(Con enojo pueril.) Y eso que hoy  
estoy de monos con ella!

FELIX. Y por qué? (Sonriendo y acariciándola.)

ANG. Me ha regañado.

FELIX. Ya! si tú la has ofendido!...

ANG. Oh! no; la culpa ha tenido  
ese señor alojado.

FELIX. (Sorprendido y volviendo á su gravedad.)

Eh?... qué?

ANG. En el patio me halló,  
me dió un beso, y yo ligera  
sin saludarle siquiera  
me vine corriendo.

- FELIX. (Sorprendido.) Oh!
- ANG. Roque, que tiene la maña  
de contar todo á mamá,  
vilo y se lo dijo, y...
- FELIX. (Celoso.) Ya!
- ANG. Y me riñó muy uraña.
- FELIX. (Inquieto, ap.) (Claro! ¡Hoy la piedra de toque  
es el señor alojado!)
- ANG. Pero en fin, como ha pasado,  
hice ya la paz con Roque.
- FELIX. Y está abajo? (Con desconfianza.)
- ANG. No por cierto,  
fué á ver á su prima Blasa,  
que hoy tiene dentro de casa  
dos maridos, Gil y el Tuerto.
- FELIX. (Estremeciéndose.)  
Sí, ya sé el caso: ¡qué horror!  
¡qué horror!
- ANG. (Con curiosidad.) ¡Por qué dices eso? ¡!
- FELIX. (Desviando su mal pensamiento.)  
No, por nada; dame un beso,  
no hables más de ello, es mejor.
- ANG. Pues eso, qué más te da?
- FELIX. (Con impaciencia.)  
Nada, no me pidas cuentas.
- ANG. (Vivamente.)  
Ay! ay! Si te descontentas,  
adios, me voy con mamá.
- FELIX. Sin darme un beso? (Con seriedad.)
- ANG. (Arrojándose en sus brazos.) Eso sí.  
(Con enojo infantil.)  
Por todo mueves querella! (Sale Luisa.)  
Ah! mi mamá!
- FELIX. (Ap. volviendo á su gravedad.) (Cielos!... Ella!)
- ANG. ¡Qué á tiempo llegas aquí!

## ESCENA IX.

DICHOS, LUISA, á quien coge Angelina de la mano y la coloco  
junto á su papá.

ANG. Papá vuelve al mal humor.

de siempre.

FELIX. (Con cierta seriedad.) Bah! señorita!

ANG. Conténtale tú, mamita,  
¿no le quieres con amor?

LUISA. (Con cariño.) Oh, sí.

ANG. Y él á tí.

FELIX. Muy bien,

(Impaciente,) calla!

LUISA. (Ap. enternecida.) ¡Qué dulces acentos!...

ANG. Es que cuando estais contentos  
yo estoy contenta tambien!

FELIX. (Impaciente.) Vamos, bien, anda á jugar,  
que esto es impropio de niñas.

ANG. Bien, me voy; mas como riñas,  
verás, me voy á enfadar.

(Sale por donde entró Luisa, que la besa.)

## ESCENA X.

FÉLIX, LUISA. Un momento de silencio. Luisa se sienta y  
llora en silencio.

FELIX. (Con seriedad.) Qué hay en esto que te aflija?

LUISA. ¿No he de afligirme, Dios mio,  
cuando ya de tu desvío  
hasta se extraña tu hija?

Tú no ves que está en la edad  
en que ya lo entiende todo?...

Ah! Félix, no, ya no hay modo  
de ocultarla la verdad.

En su corazon de niña  
cualquiera cosa hace mella;  
siempre en tu faz ve la huella  
ó el preludio de una riña.

Y acaso no tardará  
en preguntarse asustada:  
«cuando así papá se enfada  
es que es mala mi mamá?»

(Se levanta con dignidad.)

Pues la inocencia me escuda,  
no acepto yo tal suplicio;

- no quiero que en su juicio  
llegue á encarnar esa duda.
- FELIX. Dudo yo acaso de tí?
- LUISA. Que no dudas y me matas! (Desconsolada.)  
Entónces por qué me tratas,  
por qué me tratas así?  
Si no me tienes amor,  
dímelo y tendré paciencia;  
mas no cargues tu conciencia  
con sospechas de mi honor.
- FELIX. Odiarte, odiarte! No quiero  
dejarte esa duda impía!  
¡Odiarte! ¡yo que daría  
por tu amor el mundo entero!
- LUISA. Extraño y fatal amor  
que me arranca eterno llanto.
- FELIX. Acaso el amarte tanto  
es causa de tu dolor.
- LUISA. Amor que en lucha conmigo  
duelos eternos mantiene,  
más que de amor, visos tiene  
de insoportable castigo.  
Oh!... no me quieras así;  
ó si quieres que en tí crea,  
háblame claro, haz que vea  
ese amor que alienta en tí.
- FELIX. No lo vas á comprender. (Concentrado.)
- LUISA. Por qué?
- FELIX. Si es tan exclusivo!...
- LUISA. Exclusivo? Así concibo  
que el amor deba de ser.
- FELIX. (Animado.) De veras?
- LUISA. (Con calor.) Si eso es pasión!
- FELIX. Quiá! pasión! algo más grave;  
(Con pena y calor creciente.)  
un afecto que no cabe  
ni aun dentro del corazón.  
Afecto desesperado,  
tempestuoso, absorbente,  
que abarca el tiempo presente  
y abarca el tiempo pasado.  
Amor cuya intensidad

es la vida de la vida.

¿Quién puede darle medida?...

¿Quién mide la inmensidad?

LUISA. (Con gozo.) Háblame así, que me embargue  
tu voz de entusiasmo llena.

Eso es amor.

FELIX. (Con amargura.) Eso es pena;  
eso más que amor es carga.

Yo conozco que voraz  
me consume y me devora;  
con él no hay día, no hay hora  
que viva conmigo en paz.

Ante su impulso violento  
le rindo el alma en despojos;  
con él me asomo á tus ojos  
y me entro en tu pensamiento.

Y cuando penetro en tí  
y á solas con él me veo,  
siempre juzgo, siempre creo  
que jamás piensas en mí.

LUISA. En quién pues? (Con espanto.)

FELIX. No tiene nombre.

LUISA. Oh, calla!

FELIX. Aún vive despierto  
su amor en tí!...

LUISA. (Con respeto religioso.) Calla: ha muerto.

FELIX. (Con desesperacion.)  
Ha muerto! Mas no fué hombre?

No te amó con frenesí?

No te adoró con vehemencia?

No fué su esencia tu esencia?

No fué tu marido?

LUISA. (Espantada.) Sí.

FELIX. Entónces ¿cómo no mides  
el abismo en que me pierdo?

No vive en tí su recuerdo

que te dice *¡no me olvides!*

Y ante ese recuerdo fiel

que á lo pasado te llama

de tí el amor ¿no reclama

que siempre pienses en él?

(Estremeciéndose de celos.)

Y no te finge ese amor  
con arrebatado exceso,  
ya la caricia, ya el beso,  
ya el halago embriagador?  
No concibes la tortura  
que esto me fuerza á pasar?

LUISA. (Con espanto.) Oh! calla, que eso es estar  
al borde de la locura.

FELIX. Locura! tienes razon, (Sombrío.)  
con ella ofendo á los cielos.

LUISA. Qué mujer inspira celos  
cuando reza una oracion?  
(Con calorosa dignidad.)  
Quién sueña tales agravios  
ante unos yertos despojos,  
bien porque lloren los ojos,  
bien porque recen los labios?  
Cuando una tumba se cierra,  
¿qué recuerdo la profana?  
Nunca la pasion humana  
va más allá de la tierra.

Que en ese recinto oscuro  
que el alma ve con espanto,  
sólo cabe lo que es santo,  
sólo cabe lo que es puro.

FELIX. Ah! sí. Tal debiera ser!  
Gozosa el alma te escucha!

LUISA. Pobre enfermo!... lucha, lucha!  
quien lucha llega á vencer.

FELIX. Quieres ayudarme?

LUISA. (Gozosa.) En todo.  
No sabes que por tí muero?

FELIX. Sí, lucharé; triunfar quiero,  
pero revélame el modo.

LUISA. Si ese recuerdo cruel  
es tu mortal enemigo, (Con pasion.)  
habla siempre de él conmigo  
hasta acostumbrarte á él.

FELIX. Ah! quisiera, mas no puedo.

LUISA. Tanto el remedio te asombra.

FELIX. Mucho; dicen que su sombra  
está cerca y tengo miedo.

- LUISA. Qué quieres darme á entender?  
FELIX. Que hay abajo un alojado  
que dicen que es un traslado  
del que tortura mi ser.  
LUISA. Y eso te inspira temor?  
Haz de confianza alarde.  
FELIX. Es el miedo tan cobarde!...  
LUISA. Es tan intenso mi amor!...  
FELIX. (Sacudiendo su temor.)  
Oh, sí! ¿Qué debo de hacer?  
Ya la impaciencia me abrasa.  
LUISA. Baja, ofrécele la casa  
y convidábale á comer.  
FELIX. (Receloso.) Me aseguras tu cariño?  
LUISA. (Con orgullo.) Pues qué, ¿no llevo tu nombre?  
Félix, ten la fe del hombre,  
no los recelos del niño.  
FELIX. Dices bien, en loco doy  
cuando al temor me abandono.  
Me perdonas? (Cogiéndola la mano.)  
LUISA. (Con pasion.) Te perdono.  
FELIX. (Estrechándola las manos.)  
Me amas?  
LUISA. (Con ternura.) Mucho.  
FELIX. (Respirando gozoso.) ¡Feliz soy!  
(Sale por el fondo.)

## ESCENA XI.

LUISA, sola.

¿Qué afecto es ese, Dios santo, (Con terror.)  
que lleva al dolor derecho?  
Oh! ¿quién se asoma á ese pecho  
y no se muere de espanto?  
¡Alma buena condenada  
siempre á un recelo sombrío!  
Oh! ¿no es más grato el vacío,  
que es la nada de la nada?

## ESCENA XII.

LUISA, D. PEDRO por el fondo.

PEDRO. Bravo!... Vengo muy contento.

LUISA. Sí? ¿Por qué?

PEDRO. Á Félix he hallado  
que va á ver á Maldonado  
en este mismo momento.

LUISA. Sí, va á invitarlo á comer.

PEDRO. (Sorprendido.) Á comer?... Oh! me resisto  
á creerlo!

LUISA. (Acercándose y en voz baja.) ¿Usted ha visto  
á ese hombre?

PEDRO. Qué he de ver?

Mostróme tales recelos  
Félix hace poco aquí,  
que de verlo desistí  
por no despertar sus celos.  
Pues lo que turba su calma  
es esa dolencia grave.

LUISA. ¡Ay señor, que usted no sabe  
lo que pasa por su alma!

¡Es un espanto, un horror!

PEDRO. Se ha explicado al fin y al cabo?

LUISA. Sí señor, y vive esclavo  
del recuerdo de mi amor  
por Juan.

PEDRO. (Sorprendido.) Por Juan! Y su tedio  
es hijo de eso?

LUISA. Sí tal.

PEDRO. (Asombrado.) Celos de un muerto? ¡E se mal,  
hija mia, no tiene remedio!

LUISA. Oh señor, tal lo concibo;  
y si llega á comprender  
que el huesped nos puede hacer  
la impresion de Juan...

PEDRO. (Interrumpiendo.) No hay vivo  
que se pueda comparar  
al que perdiste y perdí;



pero no temas de mí,  
yo me sabré dominar.

ROQUE. (Fuera.) Pase usía.

LUISA. (Temblando.) Cielos!

PEDRO. ¡Él!...

LUISA. (Yendo al encuentro de Roque, que entra.)  
Y el señor?

ROQUE. Ha ido al despacho!

LUISA. Dios! (Retrocediendo.)

ROQUE. (En la puerta, volviéndose.)

Entre sin empacho,  
entre usía, coronel.

### ESCENA XIII.

DICHOS y MALDONADO.

Al verle Luisa y D. Pedro, comprimen un grito.

LUISA. Jesus!

PEDRO. (Ap.) (Mi Juan!)

MALD. Señora!... (Inclinándose.)

LUISA. ¡Si es su retrato!... (Desfallecida.)

ROQUE. (Ap.) (Ya hemos hallado todos  
tres piés al gato. (Reparando el efecto)  
¿No lo decía?

Ven ustés? ¿No es su propia  
fisolomía?

Vamos á ver, ¿no es esta  
su misma cara?

No es su misma estatura?

¿Cosa más rara!...

¿No se asemeja?

Y el lunar? ¿No lo tiene  
junto á la ceja?)

PEDRO. (Mirándole espantado.)

Calla, Roque!

MALD. (Por Roque.) Este hombre

ya ayer me dijo

que usted llora un espeso (Á Luisa.)

(Procura dominarse.)

y usted un hijo. (Á D. Pedro.)  
Siento el quebranto,  
y aun más si le parezco.

LUISA.

Sí, tanto! (Vivamente.)

PEDRO.

Tanto!... (Sollozando.)

(Enjugándose los ojos.)

Tiene usted su apostura,  
su faz, su acento;  
me ha despertado al verle  
tal sentimiento,  
ay! que sin calma  
he estado por gritarle,  
(hijo del alma.)

(Momeato de pausa.)

MALD.

(Tendiéndole la mano.)

Cuánto siento!...

PEDRO.

Mil gracias.

(Estrechándosela con vigor.)

Venga esa mano:

(Se estremece al tocarla.)

sosten fuera hoy la suya  
del triste anciano,  
que ya en la tierra  
vive de sus recuerdos!  
¡Maldita guerra!...

MALD.

Murió en ella?

PEDRO.

Y con honra!

Nuevo Pelayo  
se alzó conmigo al eco  
del dos de Mayo.  
Por sus furoros  
dejó desierto el lecho  
de sus amores!

(Luisa llora sin poder reprimirse.)

MALD.

Ya sé dónde.

ROQUE.

En el sitio

que ayer le dije.

MALD.

(Á Roque.)

Calle usted, que esa dama  
llora y se aflige.

LUISA.

Oh! ¡Cruz sagrada!.,.  
allí supe yo un día

que era adorada.

(Maldonado se enjuga los ojos.)

Llora usted?

MALD.

Sí, señora;  
tambien me pierdo  
en un mar de ilusiones  
á ese recuerdo.

Tambien un dia  
dije allí á la que amaba,  
«tú serás mia.»

LUISA.

(Ap, con terror.)

Eh? ¡sus mismas palabras!  
Cielos! ¿Qué es esto?

PEDRO.

Sitio de horror y espanto!

ROQUE.

Sitio finesto!

PEDRO.

Oh! Roque! Calla!

ROQUE.

¡Bien recuerdo yo el dia  
de la batalla!

(Sigue Maldonado con ansiedad al calor de la narracion.)

Tronaban los cañones  
sobre las lomas;  
los franceses caían  
como palomas.

Qué cintarazos!  
¡Qué bien en ese dia  
moví los brazos!

Era mi espada rayo,  
rayo y centella:  
los contrarios huían  
delante de ella:  
con ira y saña  
gritábamos lidiando...

MALD.

Sí. «¡Viva España!»

PEDRO.

Cómo! (Volviéndose á él.)

LUISA.

(Vivamente.) Usted?

MALD.

(Conteniéndose.) Me figuro  
que así sería.

ROQUE.

Era aquello un infierno;  
¡qué algarabía!  
Mas de repente  
cayó Juan arrollado



No sé...

FELIX. (Yendo á ella presuroso.)  
Dios mio!...

LUISA. (Desvaneciéndose.)  
No sé qué siento!  
la vista se me borra!

MALD. Pronto, un asiento. (Á Roque.)

PEDRO. Aire! agua! (Vivamente.)

MALD. Qué tiene? (Á Félix con calor.)

FELIX. No sé!... (Sombrio.)

PEDRO. Vahidos!..

ROQUE. (Ap.) (Quién resiste la vista  
de dos maridos?)

MALD. (Ap.) Padre!

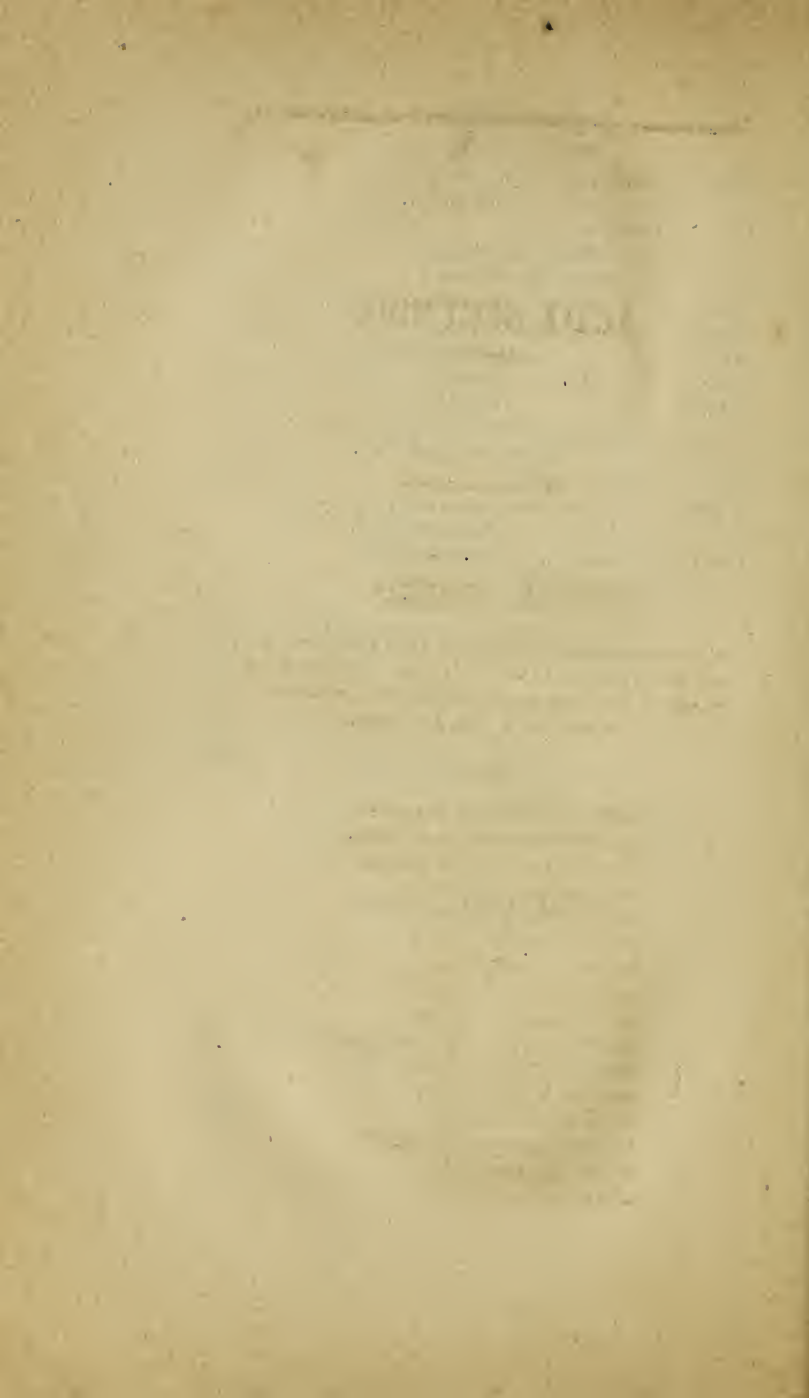
PEDRO. (Ap. á Maldonado, que revela gran ansiedad.)  
Juan, calma.

FELIX. (Mirando á unos y otros receloso.)

(Ap.) ¡El hielo de la muerte  
siento en el alma!

(Cuadro en que todos estarán agrupados en torno  
de Luisa, á quien Félix reclina en un sofá. Cae  
el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



---

## ACTO SEGUNDO.

---

La misma decoracion.

### ESCENA PRIMERA.

Al abrirse la escena, Félix, sentado junto á una mesa, procura fijar su atencion en un libro que lee, y del cual aparta los ojos sin darse cuenta absorbido en otros pensamientos.

Al cabo deja el libro y se levanta.

FÉLIX.

Bah!... No entiendo lo que leo:  
¿quién puede estudiar en calma  
cuando toma inquieta el alma  
las sospechas por recreo?  
Qué pertinaz clamoreo  
es este que siento en mí?  
Qué voz es esta que así  
muda me grita sin tasa:  
«Félix, mira lo que pasa;  
observa cerca de tí?» (Concentrado.)  
Yo su indicacion expresa  
seguí de la letra al pie;  
bajé á verle; le invité  
á honrar mi casa y mi mesa:  
él aceptó sin sorpresa,  
mis excusas admitió;

subí, tras de mi subió,  
entró aquí sólo á mi instancia;  
mas al pisar esta estancia  
¿qué fué lo que aquí pasó?  
Pálido hallé al general,  
su mirada era indecisa:  
pálida estaba Luisa,  
más que pálida, mortal.  
Luégo la impresion fué tal  
y el trance tan doloroso,  
que interrumpido el reposo  
cada cual para sí dijo:  
«Dios! La sombra de mi hijo!»  
«Dios! La sombra de mi esposo!»  
No es esto claro? Sin duda;  
y harto la verdad me advierte  
su sacudida de muerte  
por lo repentina y ruda.  
Estuvo en la mesa muda  
despues que volvió en su acuerdo;  
mas yo afectando estar cuerdo,  
loco de dolor veía  
que en su corazon ardía  
la luz que enciende el recuerdo.  
El recuerdo!... ese fulgor  
que lo pasado ilumina!  
¿Qué alma humana no imagina  
que el pasado es lo mejor?  
Qué amor presente es amor  
ante un recuerdo despierto?  
Débil, inseguro, incierto,  
el amor presente oscila,  
como la luz que vacila  
en el sepulcro de un muerto.  
Ante el claro resplandor  
con que el pasado aparece,  
todo brota y se engrandece  
con nueva forma y color.  
Oh! ¿Quién sabe si el amor  
inerte, yerto, pasivo,  
resucita más activo  
ante una humana apariencia,



y toma nueva existencia  
en la existencia de un vivo?  
¿Es posible que esto sea?  
Oh! sí, me muero de espanto!...  
Lo pasado puede tanto  
y tanto el alma recrea!...  
Ah! cómo pesa esta idea!  
¿Por qué el temor en acecho  
me sume en negro despecho?  
¿Por qué me roba la calma?  
Luisa! vida de mi alma!  
¿Qué es lo que pasa en tu pecho?  
El retrato has visto ahí  
del que aquí fué tu marido;  
á su vista ¿qué has sentido?  
¿Qué sientes dentro de tí?  
Amor? Sospecho que sí;  
por fuerza sientes amor:  
mujer eres de valor,  
¿mas quién en mujeres fía?  
Ah! yo seré noche y día  
centinela de mi honor.

## ESCENA II.

FÉLIX, ANGELINA.

- FELIX. Oh! mi Angelina! (Vivamente y con cariño.)  
ANG. Ajá... já!  
Yo soy. (Con severidad infantil.)  
FELIX. ¿Qué quieres, mi aurora?  
ANG. Reñirte.  
FELIX. (Con ternura ) Á mí?  
ANG. (Con gravedad.) ¿Por qué llora  
mi pobrecita mamá?  
FELIX. Llora? (Sorprendido.)  
ANG. Me dirás que no  
cuando de su cuarto salgo?  
Si llora, será por algo;  
¿por qué llora?  
FELIX. (Entre impaciente y sombrío.) ¿Qué sé yo!  
ANG. (Con ironía.) Sí, tú nunca sabes nada.

- ¡Tienes un genio! ya! ya!  
¡Que no has reñido á mamá  
y ha estado aquí desmayada!  
Oh!... te digo...
- FELIX.  
ANG. Buena es esa!  
No sé yo lo que me digo?  
No he sido yo buen testigo  
de tu silencio en la mesa?  
¿No estabas más apretado  
que un manojito de abrojos?  
¡Pues, caramba, buenos ojos  
que te echaba el alojado!
- FELIX. Qué! ¿tú observaste?...
- ANG. Muy bien.  
Sí señor, yo le veía,  
y á veces se enternecía  
mirando á mamá tambien.
- FELIX. Qué! ¿la miraba? (Celoso.)
- ANG. Pues no?  
Como estaba tan de frente! ..  
vamos, eso, francamente,  
no está bien, lo digo yo.  
Tu genio no tiene nombre,  
pues lo que dice mamá:  
«¡Dios mio! ¿qué pensará,  
que creará de mí ese hombre?»
- FELIX. Eso dice? (Sombrio.)
- ANG. Sí; eco fiel  
soy de su justa querella;  
vamos, papá, ven con ella,  
conténtala.
- FELIX. (Ap., y celoso.) (¡Piensa en él!)
- ANG. ¿Has de estar siempre lo mismo?  
Obedece á tu Angelina.
- FELIX. (Ap.) (Piensa en él! Así camina  
el alma humana al abismo!  
Sí, cuando se piensa así,  
se piensa en más: más predice  
la mujer, siempre que dice:  
«¿Qué creará ese hombre de mí?»  
Ese es el ¡ay! de dolor  
que exhala el orgullo herido:

quien esto dice á un marido  
es que no le tiene amor.  
La que en tal duda se fija,  
no está de otro amor distante.  
¡Y ella piensa en él, no obstante  
de tener cerca á su hija!  
(Exaltado con ira.) Indigna profanacion  
que espanta á la inteligencia!  
(Concentrado.) Eso no es tener conciencia  
ni tener ya corazon.)

ANG. ¿Por qué te pones así,  
tan fosco y tan enfadado?  
Ay!... pienso que al alojado  
voy á querer más que á ti.

FELIX. Más que á mí? (Con ira.)

ANG. Sí, te confieso  
que es más amable y más fino;  
siempre al ir en su camino  
me detiene y me da un beso.  
Y me dice: «eres muy bella,  
bella como tu mamá.»

FELIX. (Ap., con ira.) (Pues claro! ¡Si lo dirá  
para que lo sepa ella!  
Yo no debo consentir  
que esto suceda.) (Alto.) Oye, niña.

ANG. Jesus, ¡qué cara de riña!  
¿me vas tambien á reñir?...

FELIX. Si otra vez te ocurre eso,  
si otra vez el alojado (Con celos.)  
cuando pase por tu lado  
se detiene á darte un beso,  
le dices... (Se detiene.)

ANG. (Con atencion.) ¿Qué he de decir?

FELIX. Nada! Nada!  
(Ap.) (¿Quién profana  
una razon que mañana  
ha de saber discernir?  
Vuélvete con tu mamá.

ANG. Pero no vienes con ella?

FELIX. Luégo iré: los labios sella.

ANG. Mira que te espero allá.

FELIX. Bueno.

ANG. Irás?  
FELIX. Digo que sí;  
mas vete, que álguien se acerca.  
ANG. Bien, ya sabes que soy terca:  
si no vas, vuelvo por tí.

### ESCENA III.

DICHOS, D. PEDRO, saliendo de su cuarto.

PEDRO. Se marcha usted, señorita?  
ANG. Tengo que hacer.  
PEDRO. Hola, hola!  
ANG. Como mamita está sola  
me marchó con mi mamita.  
PEDRO. Y qué, ¿no podrás salir  
á pasear hoy conmigo?  
ANG. (Titubeando.) Por mí... Papá, que le digo?  
¿Voy con él?  
FELIX. (Distraida.) Sí, puedes ir.  
ANG. Te quedas tú con mamá?  
FELIX. Sí. (Se sienta y coge el libro, que hojea.)  
ANG. (Ap., saliendo alegre.)  
(Me alegre, carambola!  
Pues ella se queda sola,  
irá á contentarla, irá.) (Sale corriendo.)

### ESCENA IV.

FÉLIX, D. PEDRO.

Momento de pausa.

FELIX. (Con indiferencia.)  
Pensé que estaba usted fuera!  
PEDRO. (Lo mismo.) No: ya el sol es excesivo  
para salir pronto.  
FELIX. Cierto.  
(Ap.) (Cómo sabré?...)  
PEDRO. (Ap.) (Ya adivino  
lo que averiguar pretende,  
mas no se atreve á decirlo.)

(Alto.) Y Luisa?

FELIX. Descansando.

PEDRO. (Ap.) (Yo te punzaré en lo vivo.)

(Alto.) Qué demonio de suceso!

Qué ataque más repentino!

FELIX. Ha visto usted? (Levantándose.)

PEDRO. ¡Me dió un susto!

FELIX. Lo mismo que á mí.

PEDRO. Preciso.

¡Cosa más inesperada,  
tan sin razon ni motivo!

FELIX. No, lo que es eso... (Mirándole fijamente.)

PEDRO. (Ap.) (Ya pica.)

FELIX. (Afectando naturalidad.)  
Yo no sé quién la había dicho  
que el coronel Maldonado  
es un tanto parecido  
al otro esposo!...

PEDRO. (Ap.) (Ahí te duele.)

FELIX. Y al verle tan de improviso,  
pudo acaso impresionarse  
con su imagen. (Le mira atentamente.)

PEDRO. (Sonriendo.) Desatino!

FELIX. No se parece? (Vivamente.)

PEDRO. (Con aplomo.) Ni chispa.

FELIX. Ah! no?

PEDRO. (Friamente.) ¡Sabré lo que digo?  
mi Juan era mejor mozo,  
más bizarro, más fornido.  
Sus ojos eran más negros,  
y sus cabellos más rizos.

FELIX. (Vivamente.)

Ah, conque usted no ha encontrado  
que se parezca á su hijo?

PEDRO. Ni á mil leguas. (Ap.) (Juan, perdona,  
perdona este sacrificio.)

FELIX. [(Con expansion) Vea usted, y yo pensaba  
al ver á usted casi lívido,  
que la impresion...

PEDRO. ¡Tontería!

Yo esperaba convencido  
que iba á ver á Juan; y al verle,

- ¿qué quieres? me quedé frío.  
**FELIX.** Sí, se concibe. (Casi gozoso.)  
**PEDRO.** (Con naturalidad.) Á Luisa  
quizá le pasó lo mismo.  
**FELIX.** ¡Puede ser!...  
(Ap.) (Y yo insensato  
la ofendo con mis delirios!...  
Oh!... sí, merezco su odio!  
¡Si de su amor no soy digno!  
Iré á verla.) (Con deleite.)  
**PEDRO.** (Ap., observándolo.) Me parece  
que le he dado un lenitivo.  
**FELIX.** (Ap., satisfecho.) (Claro! á parecerse al otro,  
¿estuviera tan tranquilo  
el general?)  
(Alto. Dándole la mano.) Hasta luégo.  
**PEDRO.** Adios.  
**FELIX.** Adios. (Cambiando por completo.)  
(Saliendo.) Ya respiro.

## ESCENA V.

**D. PEDRO** solo.

(Mirándole ir.) De qué le sirven los ojos?  
ojos tiene y nada ha visto!  
No ha visto que el pobre viejo  
tiene sobre sí el dominio  
que le prestan la prudencia,  
la ancianidad y el juicio!...  
(Con desden doloroso.)  
Y él cree que sufre, ¡insensato! (Sollozando.)  
¿Qué dolor iguala al mio?  
No está mi Juan ahí abajo?  
Juan para mí sólo vivo,  
no está ahí? (Con calor.) No soy su padre?  
¡Su padre soy! y él mi hijo!...  
(Desanimándose.)  
Y sin embargo, al mirarle  
he ahogado en el alma el grito  
de mi amor! Ni una palabra,

ni una sola frase he dicho  
que denuncie mi alborozo,  
que acuse mi regocijo.

(Dolorosamente.) Y ahí está: me espera acaso,  
y yo aún verle no he querido  
por ahuyentar de esta casa  
un funesto compromiso!

(Dominándose.) Eso es ser como la encina,  
como la encina resisto.

Bien, alma mia, eres fuerte,  
estoy contento contigo.

## ESCENA VI.

D. PEDRO, ROQUE.

ROQUE. Mi general.

PEDRO. (Volviéndose.) Eh?... qué es eso?  
Tú con pistolas al cinto?

ROQUE. Es un trofeo de guerra  
y que he ganado ahora mismo.

PEDRO. Dónde?

ROQUE. En casa de la Blasa,  
mi prima. ¡Vaya un confirto!  
Lo propio que aquí. ¡La probe  
se encuentra con dos maridos!  
Qué casualidad!

PEDRO. (Vivamente.) Silencio!

ROQUE. (Bajando la voz.) ¿Está cerca el enemigo?

PEDRO. En ese cuarto.

ROQUE. (En voz baja.) Pues basta,  
ya estoy con esto advertío.  
He visto á Juan. (Con misterio.)

PEDRO. (Vivamente.) Le has hablado?

ROQUE. Pues no que no, Jesucristo!  
Si le he dado más abrazos  
y más besos!...

PEDRO. (Con impaciencia.) (¿Y qué ha dicho?  
¿Qué ha dicho? Cómo es que existe?  
¿Por qué no ha vuelto á su nido?

ROQUE. Qué se yo!... me ha hablado tanto!...

Si traigo yo un laberinto  
en la mollera! Carape!  
;Lo que ha pasao el probecillo!...  
Ha estado en Francia y en Rusia,  
y como allí se habla en gringo  
y han andado los correos  
acá salto y allá brinco...  
él explicará tó eso  
cuando á usted le suelte el mirlo.  
Mire usía, lo que él quiere,  
lo que él quiere con ahinco  
es abrazar á vuesencia  
y á la señorita.

PEDRO. (Con recelo.) Chito!

ROQUE. (Con calor.) No; pues, canario, eso es justo.  
;Se ha de largar de vacío  
un hombre?

PEDRO. (Con severidad.) Silencio, Roque.

ROQUE. Callo. Mas le he prometido  
dejarle el terreno franco,  
y yo cumplo lo que digo.  
Porque como dijo el otro:  
cuando hay pesquis y sentío  
y está enredá una madeja,  
se busca al momento un jilo.  
Y yo le he dicho: en guipando  
que guipe que va conmigo,  
de frente, marchen, y arriba.  
;Si esto es lo mesmo que un sitio!  
En subiendo á la muralla,  
es negocio concluido.

PEDRO. Y tú pretendes sacarle  
de su casa?

ROQUE. Cabalito.

PEDRO. Oh! imposible! mas él llega.

ROQUE. Pues verá usted si soy listo.



## ESCENA VII.

DICHOS, FÉLIX.

ROQUE. Me alegro encontrar á usted.

FELIX. Hola, Roque! ¿Pues qué pasa?

ROQUE. Ya sabe usted que la Blasa,  
mi prima Blasa...

FELIX. Ya sé.

ROQUE. Teniendo á su Gil por muerto  
en la de Vitoria...

FELIX. Sí.

ROQUE. Se volvió á enganchar aquí  
con Lucas Romillo, el Tuerto.

FELIX. Ya sé que Gil ha venido.

ROQUE. Es la verdad, no murió.

Y ahora dice Blasa: ¿y yo  
qué hago con este marido?

Como sin ménos ni más  
Gil se metió por su casa,  
el otro esposo de Blasa  
está dado á Barrabás.

Y es justo, que el caso es  
como del mismo demonio,  
pues del postrer matrimonio  
hay dos muchachos ó tres.

FELIX. Qué horror!

ROQUE. Gil con mucho entalle,

torciéndose los mostachos,  
dice que aquellos muchachos  
deben plantarse en la calle.

Y el Tuerto á más no poder  
echando los entresijos,  
grita: «¿Á la calle mis hijos?

Á ver quién los echa, á ver!

Y Blasa puesta en un potro  
no sabe qué hacer de cierto,  
que si marido es el Tuerto,  
marido igual es el otro.

¿Quién desata este entremés?

¿Quién da este enredo por tierra?

Vamos, anda allí una guerra  
que es chica la del francés.  
Ninguno quiere cejar  
si no se lo lleva todo;  
y esto de manera y modo  
que se han querido matar.  
Sacó el Tuerto un bisturí,  
Gil tiró de una pistola,  
y si no ha habido más cola  
es porque yo estaba allí.  
Pues terciando con provecho  
unas treguas he pactado;  
hasta que dé un abogado  
dictámen sobre el derecho  
Conque aquí vengo, por Dios,  
á evitar un desavío.  
Quién tiene, pues, señor mio,  
más derecho de los dos?

FELIX. Gil. (Sombrio.)

ROQUE. El muerto? (Sorprendido.)

FELIX. (Concentrado.) Sí, en verdad.

ROQUE. Carape!... no lo concibo.

¿Conque anula el muerto al vivo?

¡Jesus, qué barbaridad! (Con calor.)

¿Conque cuadre ó no le cuadre

lleva el Tuerto lo peor?

¿Pues y los hijos, señor,  
van á quedarse sin madre?

FELIX. La ley lo dispone aquí  
caso claro y definido.

(Señala el libro que lefa.)

ROQUE. Como la ley no ha parido  
por eso resuelve así. (Vivamente.)

FELIX. Ley de la Iglesia. (Tristemente.)

ROQUE. (Respetuoso.) Ah! Chiton;

si eso es de la Iglesia, callo;

será muy justo su fallo,

mas no entiendo la razon.

(Con calor.) Fallo que la dicha trunca,

será bueno á no dudar;

mas sólo así pué faltar

quien no ha sido padre nunca.

PEDRO. Roque!...

ROQUE. (Con calor.) Por vida del Cid,  
que de ello no me desdigo;  
pues lo digo y lo redigo  
aquí y en Valladolid.  
Porque, vamos, ¿qué va á hacer  
el Tuerto cuando se vea  
con toda su patulea  
en la calle y sin mujer?  
Y la mujer ¿con qué aliño  
verá su hogar desolado,  
cuando arranquen de su lado  
las prendas de su cariño?

FELIX. (Á D. Pedro.) Aquí tiene usted la esencia  
de mi anterior aforismo:  
media á veces tal abismo  
de la ley á la conciencia!

PEDRO. Sí, comprendo que es cruel  
tal situacion.

ROQUE. ¿Y no hay medio  
de poner algun remedio  
á esta Torre de Babel?

FELIX. Ninguno: debe salir  
del lado de Blasa el Tuerto.

ROQUE. Y carga con Blasa el muerto?  
¿esto sí que hace reir!  
Digo á usted que es un baruyo  
en que Gil se va á meter!  
¿Cargar con una mujer  
con tres... y ninguno suyo!

PEDRO. Qué horror! (Sacudiendo su meditacion.)

FELIX. (Estremeciéndose.)

¿No es verdad?

¡Qué horror!

ROQUE. Pa evitar más batahola,  
aquí dejo esta pistola:  
recójala usted, señor.  
(La pone sobre al velador.)  
Pues si voy por Belcebú  
con ella otra vez al Tuerto,  
le diré: «mata á ese muerto  
y luégo mátrate tú.»

- PEDRO. Roque!
- ROQUE. Vamos, ¿no me explico?
- PEDRO. Silencio!... el remedio es tan...
- ROQUE. (Ap., mirándolo y adivinándolo.)  
(Ah! Ya sé! Gil como Juan.  
Canastos! Soy un borrico.)  
(Alto y como resignado.)  
Pues señor, bien, satisfecho;  
pero, la cosa es horrible.
- FELIX. Sí. ¿Qué hacer? Es inflexible  
como la muerte el derecho.
- ROQUE. Lo que es en esta ocasion,  
se ha lucido, hablando en plata.
- FELIX. Así es el derecho: mata,  
y mata sin compasion.
- ROQUE. Qué se ha de hacer, pues? Sufrir,  
callar; pero yo quisiera  
que usted conmigo viniera  
la cuestion á decidir.  
Porque como están los dos  
como perros en acecho,  
al saber que ese derecho  
es casi una ley de Dios,  
quizá su tenacidad  
podrá el Tuerto deponer.  
Conque venga usted á hacer  
un acto de caridad. (Pausa.)
- FELIX. Tiene Blasa padre?
- ROQUE. Sí.
- FELIX. Pues bien, iremos por Blasa  
para llevarla á su casa.
- ROQUE. Bien pensado.
- FELIX. Espera aquí.  
(Entra en su habitacion.)

## ESCENA VIII.

D. PEDRO y ROQUE.

- ROQUE. (En voz baja.) Ve usted? Sali con mi plan.
- PEDRO. No sabes lo que te debo.

ROQUE. Pa largo tiempo lo llevo;  
ojo avizor, ojo á Juan!

### ESCENA IX.

DICHOS, FÉLIX, con traje de salir.

FELIX. Vamos, Roque.

ROQUE. ¡Qué sosiego  
va usted á dar á esa gente!

FELIX. Guía pues.

ROQUE. Marchen de frente.

FELIX. Pues hasta luégo. (Á D. Pedro.)

PEDRO. Hasta luégo..

### ESCENA X.

D. PEDRO solo, pensativo.

Roque dice bien; es fuerte,  
sobrado fuerte la cosa.

¡Si juzgo que es más piadosa  
que esa ley la misma muerte!

Y ahora subirá febril  
loco de amor y de afan!...

(Enterneciéndose de dolor y de espanto.)

Igual que Gil, pobre Juan!

Pobre Juan y pobre Gil!

### ESCENA XI.

D. PEDRO y LUISA, que sale con el recelo de hallar al coronel. Cuando ve que no está, se adelanta vivamente á Don Pedro, que se ha quedado profundamente distraído.

LUISA. Está usted solo, señor? (Con miedo.)

PEDRO. Solo.

LUISA. Y Félix?

PEDRO. Ha salido.

LUISA. Y el pobre Juan? (Con dolor.)

PEDRO. No ha subido,  
pero va á subir; valor.

- LUISA. Cómo podré resistir (Llorando.)  
su voz, su actitud, su gesto?  
PEDRO. Oh! Calla. (Viendo salir á Angelina.)

## ESCENA XII.

DICHOS, ANGELINA.

- ANG. Mamá ¡qué es esto?  
no me vienes á vestir?  
LUISA. Sí, hija mia, voy allá.  
(Limpiándose los ojos.)  
ANG. Está la tarde tan buena! (Alegremente.)  
Y es tarde de enhorabuena,  
porque está alegre papá.  
PEDRO. De veras?  
ANG. Sí, hace un momento  
que á ver á mamita entró,  
y en la frente la besó,  
callado, pero contento.  
LUISA. Oh! niña! vente á vestir.  
PEDRO. (Ap.) (Ya sé, le dí un lenitivo...)  
LUISA. Vamos, anda.  
ANG. (Tirando de su mamá.) Vivo, vivo!  
Adios, no tardo en salir. (Á D. Pedro.)

## ESCENA XIII.

D. PEDRO se queda mirando al cuarto de LUISA: aparece MALDONADO, y al ver á su padre corre vivamente á él:

D. PEDRO se vuelve y se arrojan mutuamente en los brazos sin exhalar un grito. Gran pausa.

- PEDRO. Déjame, Juan, que te vea,  
deja que me mire en tí.  
MALD. Padre!  
PEDRO. Así, mírame así,  
que el alma en tí se recrea.  
El gozo mi voz coarta;  
¡há tanto que no te he visto!  
Comprendo ante Jesucristo  
el mudo terror de Marta.

Hoy que de la tumba alzado  
vuelves, Juan á ser mi bien,  
¿no eres para mí tambien  
Lázaro el resucitado?

**MALD.** Sí, cual él puedo decir,  
toda vez que estoy despierto,  
¿era tan dichoso muerto!  
¿vale tan poco el vivir!  
¿Qué gano con despertar?  
miro ansioso en torno mio,  
y encuentro ante mí el vacío,  
y extraño soy á mi hogar.

**PEDRO.** Ah, Juan... no tienes razon;  
aunque el dolor te taladre,  
no tienes en mí á tu padre?  
no es tu hogar mi corazon?  
No hay en él espacio abierto  
para tus afectos de hombre?

**MALD.** ¿Vida sin amor ni nombre,  
no es soledad y desierto?  
Ante mí, ¿qué porvenir (Con amargura.)  
me guarda ciego el destino?  
¿Cuál es el fin del camino!  
que Dios me manda seguir?  
Para vivir de esta suerte,  
¿no me hubiera mejor sido  
haber del todo caido  
en los brazos de la muerte?  
¿Por qué tuvo caridad  
de mí el francés enemigo?  
Padre mio, yo maldigo  
su intempestiva piedad.  
Por ella en nacion extraña  
cautivo dos años fuí;  
más tarde á Rusia salí  
forzado á hacer la campaña.  
Tras sus rigores tiranos,  
tras uno y otro revés,  
logré, en odio del francés,  
pasarme con los prusianos.  
Con ellos lidié y vencí,  
y entrando en París un dia,

escribí á usted. ¡Ya podía darle noticia de mí!...

Usted no la recibió? (Con intencion.)

PEDRO. ] (Ap., abismado.) (Jesus! Pregunta funesta!)

MALD. Pues oiga usted la respuesta que sin firma obtuve yo:  
(Saca una carta y lee.)  
«En la Cruz del Olivar  
»hay un epitafio: inerte  
»acasa el dia y la muerte  
»de Juan Vivas de Aguilar.  
»Su padre certificó  
»de su muerte fiera y ruda:  
»su desdichada viuda  
»á nuevas nupcias pasó.  
»Aunque la ley te cobija,  
»piensa en lo que vas á hacer:  
»tu esposa es de otro mujer  
»y ésta tiene ya una hija.»

PEDRO. Oh!... (Apretándose el corazon.)

MALD. Con espanto lei nueva tal.

PEDRO. Sí, lo comprendo.

MALD. Yo la letra conociendo, de este modo respondí:—  
—«Dios bendiga al que me advierte  
»que no debo darme á luz;  
»bien puesto está en esa cruz  
»la hora y dia de mi muerte;  
»tendré valor, ¿no soy hombre?  
»Pese á mi dolor profundo,  
»solo viviré en el mundo;  
»desde hoy llevaré otro nombre.»

(Con intencion.)

Ya ve usted que yo he cumplido lo que entónces prometí!

PEDRO. Juan!... Eres digno de mí.

(Abrazándole y llorando.)

Has hecho lo que has debido.

No es tuyo sólo el dolor

que te impuse y que me he impuesto.

MALD. Lo di entónces por supuesto,



y hoy lo supongo, señor.  
No le veo á usted llorar?

PEDRO. Si vieras lo que he sufrido!...

MALD. Lo sé: ¡Dios ha permitido  
que lo venga á presenciarse!

PEDRO. Luchemos hasta vencer.

MALD. Vencer? Temo mi caída.

PEDRO. (Con dolor.) Juan!

MALD. Es tan triste mi vida, t

y amo tanto á mi mujer!

Ayer del alba al rayar

al campo á caballo fuí,

y sin saber cómo, dí

en la Cruz del Olivar.

Al pisar aquella alfombra

siempre esmaltada de flores;

al oír los ruiseñores

que cantaban á la sombra

de las acacias, sentí

turbada mi eterna calma,

y que brotaba en mi alma

algo superior á mí.

Un loco vuelto á su acuerdo

no siente igual sacudida;

todo allí hablaba á mi vida

el lenguaje del recuerdo.

El rústico desaliño

de aquella casa desierta;

el palomar de la huerta

que era mi encanto de niño:

el río serpenteador,

cinturón de la colina:

aquella sagrada encina

eterna como mi amor,

todo en marejada incierta

un nuevo ser me traía.

¡Sí, todo allí me decía,

pobre Lázaro! despierta!

PEDRO. Ah! desdichado!

MALD. (Con terror.) Hallé allí  
á Roque, á mi viejo amigo,  
llegóse á la Cruz conmigo,

y oró en silencio, y por mí.  
Hoy otro nuevo incidente  
me pide que alce mi losa:  
el padre, el hijo, la esposa  
se han hallado frente á frente.  
Y ante este dolor sin nombre,  
¿quién no se juzga vencido?  
Harto he callado y sufrido,  
hoy, padre, vuelvo á ser hombre.

PEDRO. Entiendo, la quieres ver?

MALD. Quiero verla! hablarla quiero.

PEDRO. Y qué esperas, Juan?

MALD. ¿Qué espero?  
su amor. ¿Pues no es mi mujer?

PEDRO. Ay, Juan, que la prueba es fuerte.  
¡Es madre!

MALD. Soy su marido.  
Yo no comprendo el olvido,  
que es la muerte de la muerte.

PEDRO. Calla, su hija.

MALD. (Ap.) (Ay de mí!)

PEDRO. (Ap.) (Sufro más que un condenado!)

## ESCENA XIV.

DICHOS, ANGELINA, de calle.

ANG. Hola, señor alojado,  
otra vez usted aquí?  
¿Quiere usted ver á mamá?

MALD. Sí, niña.

ANG. Pues tome asiento,  
voy á avisarla al momento  
y en salir no tardará. (Vuelve á entrar.)

## ESCENA XV.

D. PEDRO y MALDONADO.

PEDRO. JUAN! (Dándole la mano.)

MALD. (Suspirando.) Padre mio!

PEDRO. Valor.

La prueba es ruda.

MALD.

Soy fuerte:

conozco tanto á la muerte  
que no la tengo temor.

## ESCENA XVI.

DICHOS, ANGELINA.

ANG. Al instante va á salir.

MALD. Oh! gracias!

PEDRO. (Ap., y con intencion.) Juan, yo te ruego...

MALD. No tema usted.

ANG. ¡Hasta luégo!

PEDRO. (Ap.) (Oh!... no tardaré en venir.)

(Salen por el fondo.)

## ESCENA XVII.

MALDONADO solo.

Ay! me late el corazon  
con tan extraña violencia,  
que ahora ni aun tengo conciencia  
de mi horrible situacion.  
Vamos, corazon, más calma,  
más calma en este momento:  
oh! si parece que siento  
que se me evapora el alma!

## ESCENA XVIII.

MALDONADO y LUISA.

Al aparecer ésta pálida y temblorosa, uno y otro se miran con pasion; y al ir á abrazarse se detienen á la vez, apoyándose cada cual en el respaldo de la silla que encuentran más á mano.

MALD. Ah!...

LUISA. Juan! (Larga pausa.)

MALD. (Con amargura.) Me niegas tus brazos  
tras tantos años sin verte?

- ¿Por qué razón? (Pausa.)
- LUISA. (Sollozando) Ah! La muerte  
¿no rompe todos los lazos?
- MALD. ¿Eso pregunta el dolor  
que en esas lágrimas noto?  
Ah! ¿Cuándo la muerte ha roto  
los lazos que ató el amor?
- LUISA. Huérfana! sola en el suelo,  
muertas ya mis alegrías, ¿qué hacer?
- MALD. ¿Qué hacer! ¿No sabías  
que hay Dios, que hay alma, que hay cielo?  
No sabes que en esa gloria,  
que es la aspiracion del alma,  
da á la fe su santa palma  
el ángel de la victoria?  
¿Cómo esa palma has de hallar,  
tú, que dándome al olvido,  
ni valor ni fe has tenido  
para morir ó esperar?
- LUISA. (Vivamente mirando al cielo.)  
Que yo te olvidé?—Señor!  
Dilo tú.
- MALD. Sella ese labio:  
no hagas al cielo otro agravio  
queriendo probar tu amor.  
Tu amor! Si acabó tu duelo  
ántes de acabar la guerra!...  
¿Qué mujer piensa en la tierra  
cuando la preocupa el cielo?  
Si hubieras pensado en mí  
con dolor mudo y sentido;  
ah! si me hubieras querido  
como yo te quiero á tí;  
¿no hubieras en tu amargura  
perpétuamente buscado  
la sombra del ser amado  
del cielo inmenso en la altura?  
¿No hubieras continuamente,  
continuamente creído  
ver la faz de tu marido  
tras ese azul trasparente?  
¿No hubieras visto sus huellas

en el aire, en el vapor  
de una nube, en el fulgor  
de la luna, en las estrellas,  
en la dulce claridad  
del alba, en la luz del día,  
ó en esa noche sombría,  
puerta de la eternidad?  
Pues si no pensaste así  
en tu amor á toda hora,  
¿qué mucho que estés ahora  
avergonzada ante mí?

LUISA. (Desconsolada.) Juan! Avergonzada no,  
desesperada, sin calma.  
Habías muerto!

MALD. ¿Muere el alma?

Si es eterna, ella soy yo.

LUISA. Pues bien, corre, vé á la ermita  
que juntos nos vió una tarde:  
en ella, ante un Cristo, arde  
una lámpara bendita.

Si allí tu fe se prosterna,  
algo quizás te dirá  
la santa imágen que está  
mirando su llama eterna.

Allí de una peña brota  
la cruz que adorna al altar.

Y, ¡ay Juan!. . de tanto llorar  
aquella peña está rota.

Tantas gotas he vertido  
allí pensando en tu amor,  
que á su peso abrumador  
la roca al fin se ha partido.

Al pie de esta santa cruz  
hay un voto que esto pide:—

«Señor, cuando yo le olvide  
mátame al par de esta luz.»

¿Qué importa que en fiero alarde  
me trate tu enojo altivo?

Dios me defiende, yo vivo,  
y mi luz ante Dios arde.—

¿Qué más te debo decir?

MALD. Oh!... qué más debo de saber?

Luisa, tú eres mi mujer.

LUISA. Juan! Juan! (Retrocediendo con terror.)  
Qué intentas?

MALD. Vivir.

Sí, Luisa, aunque no cuadre  
al mundo entero, en provecho  
de mi amor y mi derecho  
te recobraré.

LUISA. (Con espanto.) Soy madre.

MALD. Antes ha sido mi amor.

LUISA. Soy madre. (Esforzando el sentimiento.)

MALD. (Yendo á ella con calor.) Soy tu marido.

LUISA. Tú has muerto. (Retrocediendo.)

MALD. Si he revivido,  
¿quién con derecho mejor?

LUISA. (Con mucho calor.)

Mi hija del alma, su padre,  
su padre que en ella adora?

MALD. (Deteniéndose con despecho.)

¿Eso dices tú, traidora?

LUISA. Si soy esposa y soy madre!

MALD. Y yo que llegué á creer  
en su infinita pasión!

(Se cubre el rostro llorando.)

LUISA. Juan!... ¿No es también religion  
la religion del deber?

(Un momento solemne de silencio. Maldonado, al  
cabo, levanta la frente y se despide en calma.)

MALD. Adios. (Mirándola vacilante.)

LUISA. Para siempre?

MALD. Sí.

¡Llevo el alma hecha pedazos!

LUISA. Juan! (Dando un paso á él.)

Rotos ya nuestros lazos,  
hasta el cielo!

MALD. (Dándola la mano en señal de despedida.)

Sí, hasta allí.

## ESCENA XIX.

DICHOS, FÉLIX, que sorprende el momento.

- FELIX. Oh!... mi esposa! el coronel!  
MALD. (Ap.) (Luisa, deja que reclame...  
LUISA. Oh! nunca! (Rechazándole espantada.)  
Félix!  
FELIX. Infame!  
(Loco, apoderándose de la pistola que dejó Roque,  
apunta á Luisa.)  
Ántes á tí, luégo á él.  
LUISA. (Gritando.) Socorro!  
MALD. (Presentándose á Félix, que apunta á Luisa.)  
Aquí está mi pecho, tirad.

## ESCENA XX.

DICHOS, D. PEDRO, ROQUE.

- ROQUE. Qué es esto, canijol  
(Corriendo á D. Félix y sujetándole el brazo.)  
LUISA. ¡Es mi Juan!  
FELIX. (Alejado deja caer la pistola.) Cómo?  
PEDRO. (Interponiéndose.) ¡Es mi hijo!  
FELIX. (Vacilante y extraviado.)  
Dios! Su marido! El derecho!

## ESCENA XXI.

DICHOS, ANGELINA.

- ANG. Qué es esto? Quién gritos da?  
FELIX. Hija, hija! (Gritando.)  
ANG. (Corriendo á él.) Ave María!  
¿Qué pasa?  
FELIX. Pobre hija mia!  
(Abrazándola y estrechándola á su pecho.)  
tan niña y sin madre ya!

(Á un lado Félix, detrás Luisa temblorosa. Don Pedro defendiendo á Maldonado: Roque interpuesto con la pistola que ha recogido, y en primer término: Félix abrazado á su hija y con la vista extraviada por el dolor. Cae el telon.)

**FIN DEL ACTO SEGUNDO.**



---

## ACTO TERCERO.

---

La misma decoracion.

### ESCENA PRIMERA.

D. PEDRO, paseando pensativo.

Amarla, verla y callarse  
no era posible; no hay fuerzas  
que á prueba tal sometidas,  
no se rindan ni se venzan.  
Amor, fuego comprimido  
que dentro el alma fermentas,  
¿quién te resiste!? Quién pone  
freno al Vesubio ó al Etna?  
Yo presentí cuanto pasa  
al adquirir la evidencia  
de su venida; en mal hora  
al ministro de la guerra  
le ocurrió que el regimiento  
este punto guarneciera!...  
No le escribí yo esta historia  
en confianza y reserva?  
No es mi amigo? Pues entónces,  
por qué calla y no contesta?  
Ya el mal no tiene remedio:  
Juan á su derecho apela;

Félix, que la ley conoce,  
querrá acudir á la fuerza.  
Y la fuerza es el delito,  
el duelo, la muerte cierta  
de uno de los dos; no caben  
vivos los dos en la tierra.  
Qué hacer? El infierno entero  
siento hervir en mi cabeza:  
diera... qué sé yo!... la vida,  
por encontrar una idea.

## ESCENA II.

D. PEDRO, ROQUE, con un pliego.

ROQUE. Ya estoy aquí.  
PEDRO. Roque.  
ROQUE. El mismo.  
PEDRO. Qué es de Juan?  
ROQUE. Abajo queda.  
PEDRO. Tranquilo?  
ROQUE. Lo que es tranquilo,  
parece en la parencia,  
mas lo que es por allá dentro  
ni hay tranquilidad ni media.  
No señor, aquella cara  
es una cara de cera,  
color de rabia; los ojos  
no son ojos, son centellas  
que se vuelven y revuelven  
á todos puntos y queman.  
Sus labios murmuran solos  
algunas frases, y tiemblan  
como cuando sopla el frio  
y el cuerpo pide candela.  
Digo á usted que estas señales  
no me gustan, pues demuestran  
que, si no se han dado palos,  
estánlos palos muy cerca.  
PEDRO. Y el otro?  
ROQUE. ¡Tambien el otro!  
Tiene una cara de acelgas!

Dos ó tres veces le he visto  
asomarse tras las rejas  
que dan al patio, y sus *clisos*  
relucen de tal manera,  
que he dicho para mi sayo  
como quien huele una gresca:  
«aquí va á ver pronto fuego,  
porque ese tizo ya humea.»  
Lo mismo que Gil y el Tuerto  
ántes de firmar la tregua  
que yo propuse! ¡Carape!  
si usted viera qué dos jetas!  
Pero al fin Gil ha cedido,  
aunque la ley está reuta  
en su favor; porque al cabo  
la razon y la conciencia  
tiene su aquel: yo le he dicho:  
«¿tú qué vas á hacer, trompeta?  
Blasa tiene tres muchachos;  
vas á separarlos de ella?  
Qué vas á ganar con eso?  
Lograrás que no los quiera?  
Imposible! Pues y al otro  
podrá olvidarlo? Pamema!  
Siendo el padre de esos chicos  
lo querrá más que á las telas  
de su corazon!»—Y vamos,  
con razones como estas  
he puesto á Gil, que está abajo,  
más blando ya que una breva,  
resuelto á engancharse al punto  
en el banderín de América.

PEDRO. ¿De América? (Asaltado de una idea.)

ROQUE. Pues es claro;  
por allá<sup>2</sup> dicen que hay guerra...  
Y á propósito, este pliego (Lo saca.)  
me ha dado para vucencia  
el adecan del gobierno  
melitar, don Juan<sup>2</sup> la Cerda.

PEDRO. Á ver? (Reconociéndolo.)

Pliego del ministro!  
Gracias á Dios que hay respuesta!

ROQUE. Á ver, ¿qué dice?

PEDRO. No, Roque,  
bájate al patio y observa:  
si Juan sube...

ROQUE. ¿Aviso al punto?

PEDRO. Eso es.

ROQUE. (Saludando.) Pues media vuelta. (Sale.)

### ESCENA III.

D. PEDRO, abre el pliego que comprende varias órdenes y lee.

«Tarde á mi mano ha llegado  
tu triste carta, y lo siento,  
que no fuera el regimiento  
á ese punto destacado.  
Mas de él y de Maldonado  
á tu antojo dispondrás;  
de esas órdenes harás  
el uso que más te cuadre;  
eres general y padre,  
resuelve, avisa, y no más.»  
(Despues examina las órdenes.)  
Tiene el ministro razon:  
si á esto no cede, ¿á qué cede?  
Solamente así se puede  
hallar una solucion. (Lo recoge.)

### ESCENA IV.

D. PEDRO, LUISA, que se arroja en sus brazos.

LUISA. Padre!

PEDRO. (Consolándola.) Vamos, ¿Por qué así?  
por qué mostrarse abatida?

LUISA. ¡Padre, me pesa la vida!  
Qué es la vida para mí?  
Á quién pediré yo ayuda  
contra el mal que me cobija?  
Soy madre, y estoy sin hija,  
esposa, y estoy viuda.  
Por un mar fiero de enojos

van mis afectos perdidos:  
¿á cuál de mis dos maridos  
podré levantar mis ojos?  
¿Quién será el que no me arguya  
con la voz ronca y airada,  
que es infame la mirada  
que los dos no juzguen suya?  
Cómo es posible, ¡ay de mí!  
que algo resuelva mi pecho,  
si ambos con igual derecho  
me están llamando hácia sí?  
¿Qué hará una pobre mujer  
ya desde hoy condenada  
á vivir avergonzada  
ante el amor y el deber?  
¿Hay estado más violento?  
debiendo á los dos amor,  
¿qué hacer? ¡Ay señor, señor!  
Lléveme usted á un convento.

PEDRO. Quién podrá con acritud  
hoy reprocharte en tus duelos?

LUISA. Padre, los celos son celos,  
y no entienden de virtud.  
Ante ese afecto cruel  
que al mismo Dios movió guerra,  
nada hay risueño en la tierra,  
todo es negro, todo es hiel.  
Todo se resuelve en ira  
ante esa pasión menguada:  
traidora es toda mirada  
en la mujer cuando mira.  
Todo es infamia y agravio  
en cuanto agrada ó engrie;  
torpe es la boca que ríe,  
torpe el suspiro del sabio;  
torpe y liviana la acción  
más inocente y honrosa;  
si se reza, es sospechosa  
hasta la misma oración.  
Siempre suspicaz y alerta  
esa pasión maldecida,  
sueña en traiciones dormida,

piensa en traiciones despierta.  
Y tanto llega á oprimir  
á la mujer en su hogar,  
que esta ni acierta á llorar,  
ni acierta nunca á reir.  
Éste, señor, en conciencia  
es el porvenir estrecho  
en que el deber ó el derecho  
vendrá á encerrar mi existencia.  
Y ante tal idealidad  
que es realidad de tormento,  
padre, prefiero el convento,  
que es muerte y eternidad.

**PEDRO.** Aún resta mucho que hacer  
sin llegar á esos extremos,  
que todos aquí tenemos  
que cumplir algun deber.  
Entre dos polos estás  
de igual atraccion: ¿quién sabe  
dónde encallará la nave  
en que combatida vas?  
Juan, es derecho y amor,  
Félix, amor y conciencia;  
más hay cielo, hay providencia,  
que al cabo hará lo mejor.  
Poder neutral soy aquí  
que te protege, ten brío.

**LUISA.** (Mirando fuera, y amparándose de D. Pedro.)  
Ah! ¡Félix llega! ¡Dios mio!

**PEDRO.** (Con energía.) No temas, confía en mí.

## ESCENA V.

**DICHOS** y **FÉLIX**, que llega abstraído, y deteniéndose en  
cada objeto hasta que repara en Luisa.

**FELIX.** Qué soy ante su derecho?  
Qué soy en derecho?... Nadie!  
¡Nadie!—«De los dos maridos,  
el primero es el que vale.—  
Esa ley es mi verdugo;  
me mata; soy un cadáver,

un cadáver que presencia  
con horror sus funerales!...

(Reparando todos los objetos que le rodean.)

¡Cuántos recuerdos, Dios mio!

su sitial, su espejo, el clave

con que templaba de noche

mis escondidos pesares!

Todo acabó: salir debo

de esta casa. ¡Qué es del ave

que al ver desecho su nido

va llorando por los aires?

(Se cubre el rostro llorando: Luisa exhala un suspiro.)

Eh?... ¡Quién solloza á mi lado?

(Viéndola y gritando con alegría.)

Mi Luisa? (Conteniéndose.) Dios me ampare!

(Con despecho.) ¡Mi Luisa! Mal he dicho.

Ya no debo así llamarte.

¿No es verdad?

PEDRO. (Con dignidad.) Félix!

FELIX. (Dominándose.) Ah! Es cierto!

no tema usted que traspase

la ley de las conveniencias

y los respetos sociales.

Conozco bien el derecho,

derecho que vierte sangre,

que rompe sagrados lazos,

que abre una sima de males.

LUISA. (Suplicando enérgicamente.)

Félix!... Félix...

FELIX. (Interrumpiendo.) No prosigas.

Sé lo que vas á rogarme.

Dejarte esa niña? Nunca:

esa niña sólo cabe

en el sagrado recinto

en que respire su padre.

LUISA. (Con dolorosa fiereza.)

¿Y no tengo yo derecho

á la posesion de un ángel,

ser que es hueso de mis huesos

y que es carne de mi carne?

FELIX. No: la ley en este caso

es justa.

LUISA. Justa? Implacable! (Fuerza.)

Pregunta á las madres todas  
y ellas te dirán; ¡que hablen!  
Justa, la ley que nos quita  
la luz, el calor, el aire,  
la vida, más que la vida,  
pues no hay tesoro que iguale  
al ser que de amor nutrido  
de nuestras entrañas nace!  
Oh! no es posible que exista  
una ley que así consagre  
la violación más inicua  
y el despojo más infame.

FELIX. (Estallando de dolor.)

¿Pues si esa ley no existiera  
lamentára yo el desastre  
que así á abandonar me obliga  
para siempre mis hogares?

(Se cubre el rostro y solloza: momento de pausa.)

LUISA. (Á D. Pedro, procuranáo reprimirse.)

Señor, cuando un padre llora,  
su dolor debe ser grande. (Exaltándose.)  
¿No es verdad? Pues bien, el mio  
es más profundo, más acre,  
más desgarrador, más duro;  
¿qué más? Nada más; soy madre,  
tengo una hija, la adoro.  
¿Qué ley habrá que la arranque  
de mi lado? (Con pasión.)

FELIX. (Llorando.) Oh! mi Luisa...

LUISA. (Conteniéndole.) Silencio! Tambien es padre  
y sufre! Qué sufrimiento (Por D. Pedro.)  
no merece respetarse?

PEDRO. Eres una santa! (Estrechándola.)

LUISA. Cielos! (Viendo á Maldonado.)

PEDRO. Mi Juan!...

FELIX. (Ap., viéndolo.) (Tendré que matarle.  
¡En mal hora se despiertan  
mis celos y mi coraje!)



## ESCENA VI.

DICHOS, MALDONADO.

- MALD.** (Ap.) (Reunidos! Lo presumía!  
¿Quién remueve hasta en su base  
al corazón? ¿por qué á veces  
sin causa más vivo late?)
- LUISA.** (Ap.) (¡Dios mio, préstame fuerzas!)
- PEDRO.** Ahora comienza el combate.
- MALD.** (Á Félix.) Caballero, hablar debemos  
del suceso de esta tarde,  
no es verdad?
- FELIX.** (Impasible.) Como usted guste;  
estoy dispuesto á escucharle.
- MALD.** Pues bien; si mal no recuerdo  
y mi memoria no es frágil,  
hace más de doce años  
que de Dios en los altares,  
me dió su mano de esposa  
la dama que está delante.  
¿No es exacto? (Á Luisa.)
- LUISA.** (Trémula.) No lo niego.
- PEDRO.** Ni puede negarlo nadie.
- MALD.** Á poco de este suceso  
levantó España estandartes  
contra el francés.
- FELIX.** Sé la historia.
- MALD.** Si usted la conoce, baste,  
que no quiero fatigarlo  
con inútiles detalles.  
Un dia me dió por muerto  
mi legion.
- FELIX.** Conozco el lance.
- MALD.** Cerca de aquí testimonio  
da una cruz de tal desastre,  
y al pie de mi propio nombre  
dice un letrero: «aquí yace.»
- FELIX.** También lo sé.
- MALD.** Mas la guerra,  
que tiene raros azares,

arrastró mi pobre vida  
por otros pueblos distantes.  
Al cabo de algunos años  
de fatigas y pesares,  
quise tornarme á mi patria,  
á mi santo hogar; mas álguien  
que de mi existencia supo, (Mira á D. Pedro.)  
ántes de que regresase,  
me dijo: «tu cruz acepta,  
acepta la cruz de mártir:  
la mujer que tanto amabas,  
es esposa de otro y madre.»

LUISA. (Ap.) (Jesus!)

MALD.

Há más de diez años  
que voy por el mundo errante  
huyendo constantemente  
de mis recuerdos fatales;  
pero en vano, porque el alma  
tiene el recuerdo por cárcel.  
¡Á qué contar mis dolores  
oscuros é interminables?  
Lo que yo he sufrido solo  
no importa al mundo ni á nadie.  
Al cabo Dios me ha devuelto  
á mi hogar; con fiero alarde  
acepté esta ruda prueba  
creyendo salir triunfante;  
pero el organismo humano  
es tan pobre y deleznable,  
que han dado mis impresiones  
con mi voluntad al traste.  
Aquí se meció mi cuna (Conmovido.)  
al son de dulces cantares;  
aquí he jugado y crecido  
cual crece una flor del valle:  
aquí amé, la que amo vive,  
¿quién resiste afectos tales?  
Caballero, estoy vencido,  
debo hablar más?

FELIX. (Trémulo suspirando.) Es bastante.

MALD. Usted conoce el derecho...

FELIX. Sí, señor, doctor en cánones,

juzgo importuno y estéril  
cansar á los tribunales.

**MALD.** Es verdad, en este asunto  
no hacen al caso esos trámites

**FELIX.** Mas ántes de resolverlo,  
¿me permite usted que hable?

**MALD.** Hable usted.

**FELIX.** Seré muy breve,  
que no pretendo cansarle.  
Há poco más de diez años,  
si mi memoria no es frágil,  
que teniendo á usted por muerto  
todo el mundo, en los altares  
me dió la mano de esposa  
la dama que está delante.  
¿No es exacto? (Á Luisa.)

**LUISA.** (Trémula y desfallecida ) No lo niego.

**PEDRO.** Ni puede negarlo nadie.

**MALD.** Prosiga usted. (Suspirando.)

**FELIX.** Viuda, jóven,  
pobre y de honor intachable,  
la hice mia; Dios sin duda  
bendecir debió este enlace,  
pues que en señal de su agrado  
puso entre los dos un ángel.

**MALD.** Por respetos á esa vida  
hice lo que el cielo sabe.

**FELIX.** Lo comprendo y lo agradezco.  
¿Puedo hacer más?

**MALD.** (Suspirando.) Adelante.

**FELIX.** Coronel, tengo una hija  
que en contra de esa ley sale.  
Diez años cuidando de ella  
jamás trascurren en balde,  
tengo á la ley gran respeto,  
tengo valor y carácter;  
pero el organismo humano  
es tan pobre y deleznable,  
que siento que mi entereza  
como el humo se deshace.  
(Conmovido.) Aquí se meció su cuna  
al compás de mis cantares:

aquí ha jugado y crecido  
cual crece una flor del valle;  
yo vivo, su madre vive,  
¿quién resiste afectos tales?  
Caballero, no prosigo,  
debo hablar más?

MALD. (Trémulo y grave.) Es bastante.

FELIX. ¿Qué hacer!... (Momento de pausa.)

MALD. Que decida ella.

LUISA. Quién? Yo! (Espantada.)

MALD. Elige al que más ames.

LUISA. Yo!

FELIX. Resuelve. (Con calor.) ¿Qué vacilas?...

LUISA. ¿Que elija yo? (Exaltada.)

PEDRO. (Ap.) (¡Horrible trance!)

FELIX. (No me quiere.) (Ap., mirando su vacilacion.)

MALD. (Id.) (No me ama!)

LUISA. (Rompiendo en sollozos.)

Que yo decida?... Ah! matadme.

No veis que estoy combatida  
por dos deberes iguales? (Pausa.)

FELIX. Ya lo oye usted, caballero.

MALD. Oh, caballero, no es fácil  
que esta cuestion se resuelva  
sino en derecho.

FELIX. (Sombrio y enérgico.) Ó en sangre.

MALD. (Dándole la mano, que Félix estrecha.)  
Dice usted bien.

PEDRO. (Interponiéndose con autoridad.) Insensatos!

LUISA. (Casi loca.) Señor... ¡Van á exterminarse!

Matadme á mí! ¿Qué es mi vida?

Mi pobre vida, ¿qué vale? (Momento de pausa.)

PEDRO. Vete á tu estancia. (Á Luisa.) Don Félix,  
quiero con mi Juan quedarme  
á solas. (Luisa y Félix obedecen.)

MALD. ¡Padre! (Con asombro fiero.)

PEDRO. ¡Silencio! (Con energía.)

¿No hay tiempo para matarse?

(Luisa y Félix se dirigen lentamente y sin mirarse  
á las respectivas habitaciones. Maldonado sigue á  
Luisa con la vista hasta que desaparece.)

ESCENA VII.

D. PEDRO, MALDONADO.

PEDRO. Juan, pues que á solas nos vemos  
y hablar debemos los dos,  
vamos á ver si podemos  
orillar estos extremos  
con el auxilio de Dios.

MALD. Hable usted.

PEDRO. Diez años há  
que llorando te escribí  
que no volvieras acá;  
que entónces, Juan, presentí  
lo que ocurriéndote está.  
Dada tu desdicha impía  
y á cuentas conmigo mismo,  
ví con razon clara y fria,  
que entre tú y Luisa ponía  
el cielo un inmenso abismo.  
El abismo del dolor  
en que sumido te ves  
y que me espanta de horror.  
Tu amor! ¿Qué vale tu amor  
ante el materno interés?  
Ese amor es santidad  
que tiene en su dulce aliño  
mucho de divinidad;  
ante ese casto cariño  
cualquier otro es liviandad.

MALD. Padre!... (Herido en su dignidad.)

PEDRO. Yo sé que en tu pecho  
nunca ha tenido influencia  
la torpeza ni el despecho:  
mas mide bien tu derecho  
á la luz de tu conciencia.  
Mídelo, Juan, y verás  
que es tan pobre y baladí  
ante ese otro amor que es más,  
que á serte posible huirás  
avergonzado de tí.

**MALD.** No, padre, no; no recata  
mi afan un menguado anhelo,  
de algo más santo se trata.  
Lazos que la iglesia ata  
sólo los desata el cielo.

**PEDRO.** Ante esa interpretacion,  
mudo te grita el deber  
que él es tambien religion:  
completa tu abnegacion  
respetando á tu mujer.

**MALD.** ¡Cómo! (Sorprendido.)

**PEDRO.** Escúchame un momento,  
si es que en tu pecho se encierra  
noble y levantado aliento;  
tras del húmedo elemento  
nos mueve América guerra.  
Rica region escondida  
entre las algas del mar,  
que por Colon presentida,  
tomó vida en nuestra vida  
cuando la llegó á encontrar:  
hoy de nuestro ser reniega,  
y nos insulta y ofende  
y al oro extraño se entrega!  
hija de España está ciega  
y á su misma madre vende,  
sobre su dorada cuna  
el génio de la fortuna  
vertió gloria tras de gloria,  
y hoy con infamia notaria  
las va rasgando una á una.  
¿Qué juzgará, con razon,  
la Europa entera, al saber  
que España en esta ocasion  
no ha sabido defender  
el legado de Colon?  
Pues bien, Juan; franco camino  
abrirá el mar ante tí  
para ultimar tu destino;  
ya que es aciago tu sino  
vé á morir con gloria allí.  
Arrostra tu hado contrario

con resignacion entera:  
¿quién no tiene su calvario?  
¡Feliz, si te dan sudario  
los pliegues de tu bandera!

**MALD.**

(Con dolorosa sorpresa.)

No sabe usted, por mi vida,  
lo que me asombra y apenas  
la idea de otra partida! (Con amargura.)

Usted mi ventura olvida  
por cuidarse de la ajena.

¡Cómo da usted al olvido  
que concentrado y sumido  
en perpétuo abatimiento,  
diez años sólo he vivido  
devorando un pensamiento?

Cómo ha podido olvidar  
que he soñado sin cesar,  
loco, ansioso y delirante,  
con el dulcísimo instante  
que me volviera á mi hogar?

Y hoy que mi hogar vuelvo á ver,  
hoy que tomo nuevo ser  
en esta esfera de amor,  
me propone usted, señor,  
que torne al dolor de ayer!  
volver de nuevo á sufrir!  
volver de nuevo á vagar  
ignorando á dónde ir!...

¿Qué vale resucitar  
si al fin se vuelve á morir?

**PEDRO.**

Juan, cuando te impuse un dia  
del mártir la santa palma,  
sangre tu padre vertía,  
que al par de tí se imponía  
la noche eterna en el alma.

Fiero el tiempo en su carrera  
todo lo borra ó lo altera,  
todo lo mata ó lo olvida;  
yo quise que aquí tu vida  
en los recuerdos viviera.

Si aquí entónces me quedé  
y á tu lado no acudí,

es porque en Dios esperé  
algo que alentó mi fe  
pensando en Luisa y en tí.  
Mas ya que el hado enemigo  
te ha traído á ser testigo  
del deber á que te inmoló,  
te digo: «Juan, no irás solo,  
que irá tu padre contigo.»

MALD. Ah! si ella viene, señor,  
iré á esa guerra el primero.

PEDRO. ¿Eso responde tu honor?  
¿Qué es primero á un caballero,  
es la patria, ó el amor?

MALD. La patria.

PEDRO. (Con gozo.) ¿Y vendrás?

MALD. (Después de un momento.) Sí tal.  
Y ella?

PEDRO. (Con aplomo.) No.

MALD. (Con frialdad severa.) Como á usted cuadro.  
¡Tampoco yo, y es igual!

PEDRO. (Con gravedad.)  
Basta; aquí concluye el padre,  
y ahora empieza el general.  
(Yendo al fondo y llamando.)  
Roque...

MALD. (Ap.) (Su actitud me humilla.)

PEDRO. (Id.) (Cuánto siento su mancilla!)

## ESCENA VIII.

DICHO, ROQUE.

ROQUE. Presente Roque.

PEDRO. Al momento  
dí á un clarín del regimiento  
que dé un toque á bota-silla.

MALD. (Sorprendido.)  
Sin mi mandato? Eso no,  
padre, por honrado y fiel  
el rey su mando me dió.

PEDRO. Cuanto aquí dispongo yo



lo manda el rey, coronel.  
MALD. La prueba. (Vivamente.)  
PEDRO. (Á Roque.) No temas nada,  
y obedece como sueles. (Sale Roque.)  
(Á Maldonado.) Y en tanto busco mi espada,  
eche usted una mirada  
por todos esos papeles.  
(Saca las órdenes anteriores y la carta del ministro  
las arroja sobre el velador y se retira con dignidad.)

## ESCENA IX.

MALDONADO, haciéndose cargo de los papeles.

Por si cedo en la disputa  
que amor mueve á mi existencia,  
le envía aquí una licencia  
que anticipa mi absoluta  
Pero añade: (Lee.) «Si tributa  
»algun respeto al deber,  
»y entre Juan y su mujer  
»se tiende al mar cual deseo,  
»que vaya á Montevideo  
»ó á Lima de brigadier.  
»América ha dado un grito  
»que ha irritado á esta nacion;  
»de rubor llora Colon  
»en su tumba de granito.  
»¡Buenos Aires, Lima, Quito,  
»Venezuela y el Perú,  
»todos, voto á Belcebú,  
»contra España se han alzado!  
»Pedro, vuelve á ser soldado,  
»vé á salvar aquello tú.»

(Suena el toque á bota-sillas. Maldonado vacila y  
deja los papeles sobre la mesa.)

Sí, lo comprendo, adivino  
que es justa y santa la guerra:  
la ingratitud de esa tierra  
nos abre un nuevo camino.  
Mas sin ella!... (Resuelto.) ¡No es mi sino

ir á esa guerra! no iré;  
ya serví á España con fe  
en otra empresa de gloria:  
restauren otros la historia  
de un pueblo que nuestro fué.

## ESCENA X.

MALDONADO, ANGELINA.

- ANG. (Llorando.) Señor coronel.,.
- MALD. (Con cariño.) Tú aquí?  
¿Por qué lloras? ¿Qué te pasa?
- ANG. Algo sucede en mi casa  
que á llorar me obliga así.  
Pregunto, quiero saber  
dónde mi mamá se esconde,  
y sólo papá responde:  
«hija, no la quieras ver.»  
(Maldonado se queda pensativo.)  
Ha muerto?
- MALD. (Estremecido.) No, no por cierto;  
morir!... No lo quiera Dios!
- ANG. Señor, aquí entre los dos,  
dígame usted si se ha muerto.  
¿Si yo sabré resistir  
esa noticia muy bien!  
¿No ve usted que yo tambien  
quiero si ha muerto morir?
- MALD. Oh! no, cesa en tu querella;  
morir tú!... (Espantado.)
- ANG. Sí, sí señor;  
en dónde estaré mejor  
sino en el cielo con ella?
- MALD. La amas mucho?
- ANG. Ya lo creo;  
amarla!... ¡mamá queri da!  
Pues si me falta la vida  
desde que aquí no la veo!  
Papá me quiere apartar,  
segun dice, de su lado,  
y yo pienso ¡Dios sagrado!

que eso es quererme matar.  
Haga usted algo por mí  
si es que puede; tengo miedo  
de perderla.

**MALD.** (Con amargura.) ¡Si es que puedo!  
Todo lo puedo por tí. (Con decisión.)  
¿Quieres ver á tu mamá?

**ANG.** Ay, sí señor. Es tan bella!...

**MALD.** Pues bien, niña, vé con ella,  
que en ese aposento está.  
Díla de mi parte...

**ANG.** (Con alegría.) Ah! sí...

**MALD.** No, nada, vé. (Dominándose.)

**ANG.** Voy corriendo. (Sale presurosa.)

**MALD.** (Mirando al cielo.)  
Dios mio! me estoy muriendo!  
¿No soy ya digno de tí?

## · ESCENA XI.

DICHOS, ROQUE.

**ROQUE.** Todo listo al primer toque.

**MALD.** Pues avisa al general.

**ROQUE.** Se larga solo? (Sorprendido.)

**MALD.** No tal.

**ROQUE.** ¡Cómo! ¿usted también?

**MALD.** Sí, Roque.

**ROQUE.** (Sombrio.) Entiendo: usted como Gil  
también enrolla el petate.

**MALD.** Sí; pide á Dios que me mate  
pronto el tiro de un fusil.

**ROQUE.** (Desesperado.) Antes el diablo reviente!  
(Enternecido.) ¡Si yo LO fuera tan viejo!  
¡Si fuera un Gil!—Le aconsejo  
que lo lleve de asistente.  
Cumplirá con su deber,  
porque tiene buena masa;  
y como hablará de Blasa,  
usted... vamos... ¿qué ha de hacer?  
¿No se deja usted aquí  
álguien de quien debe hablar?

- En fin, más vale callar;  
¿no es verdad, Juanito?
- MALD. (Limpiándose los ojos.) Oh! sí!  
Haz que saquen al portal  
mi caballo de batalla.
- ROQUE. (Llorando.) Venga un abrazo.
- MALD. (Enternecido.) Bien: calla,  
que aquí sale el general.
- ROQUE. ¿Caracas y Guayaquil?...  
¡Buena tierra de combate!  
¡Qué tazas de chocolate  
se va á trincar el buen Gil!

## ESCENA XII.

¿MALDONADO y D. PEDRO, en traje de campaña.

- MALD. (Con actitud militar.)  
Cuando disponga vucencia.
- PEDRO. (Con sorpresa.)  
Qué es eso? Usted ya prescinde...
- MALD. General... ¿Quién no se rinde  
cuando llora la inocencia?
- PEDRO. (Abrazándole.) Esto es lidiar y vencer.
- MALD. (Resignado.) Esto es amar y morir.
- PEDRO. (Pausa.) (¿No te quieres despedir?
- MALD. (Enjugándose los ojos.)  
No debo volverla á ver.
- PEDRO. Yo cumpliré por los dos:  
pronto te saldré al camino.  
Á Cádiz.
- MALD. (Afectando serenidad.) ¡Nací en mal sino!  
(Abarcándolo todo con una mirada.)  
Casa de mi madre... Adios! (Sale.)

## ESCENA XIII.

D. PEDRO solo.

(Con amargura.) Mártir!... remonta tu vuelo  
al alcázar de tu gloria.  
¿Quién premiára esta victoria

si no hubiera Dios y cielo?

(Un momento de pausa.)

## ESCENA XIV.

D. PEDRO, ROQUE.

ROQUE. Mi general! (Enternecido.)

PEDRO. ¿Ya partió?

ROQUE. Partió: deme usted su mano. (Se la besa.)  
Si yo no fuese ya anciano...

(Limpiándose los ojos.)

¿Pero, de qué sirvo yo?

PEDRO. No sabes, Roque, escribir?

ROQUE. Escribir? ¡Pues ya lo creo!

PEDRO. Pues bien, en cada correo...  
puedes...

ROQUE. (Vivamente.) No hay más que decir.

Ustedes sabrán allá

todo lo que pase en casa:

cuando escriba á Gil de Blasa,

Juan de su esposa sabrá.

PEDRO. (Apretándole la mano.)

Basta, y á los dos avisa,

hazme el último servicio. (Sale Roque.)

¡Dios quiera que el sacrificio  
redunde en bien de Luisa!

(Suenan los clarines á lo lejos tocando marcha, y

D. Pedro se asoma al balcon con el sombrero en  
la mano y en actitud de partir.)

## ESCENA XV.

D. PEDRO, LUISA, FÉLIX, ANGELINA, ROQUE.

LUISA. Padre!

FELIX. (Sorprendido.) ¿Va usted á partir?

PEDRO. Lo exige la Providencia.

FELIX. Señor!

PEDRO. Juan tiene conciencia,  
¿qué más os debo decir?

FELIX. Parte? (Vivamente.)

- PEDRO. (Suspirando ) Félix! partió ya!  
LUISA. (Jesus!) (Ap.; trémula.)  
FELIX. (Ap.) (Pobre coronel!)  
LUISA. Y usted tambien...  
PEDRO. (Conmovido.) Voy con él.  
Rogad por nosotros. (Los abraza y sale.)  
LUISA. (Rompiendo en sollozos.) Ah!

## ESCENA XVI.

DICHOS, ménos D. PEDRO.

- ROQUE. (Limpiandose los ojos.)  
Por vida de Belcebú...  
Se van!... mi padre y mi amigo!  
Angelina, ven conmigo,  
ven á despedirle tú.  
(Salen los dos corriendo. Suenan de nuevo los clarines.)

## ESCENA XVII.

FÉLIX, LUISA, que se violenta para no llorar.

- FELIX. (Mirándola.) No comprimas el <sup>e</sup>pesar  
que te abrumba y te devora.  
LUISA. Desdichado. (Gritando.)  
FELIX. Llorá, llorá.  
LUISA. Félix! (Abrazándole desconsolada.)  
FELIX. (Con calor.) Sí, debes llorar.  
Respira, ensancha ese pecho,  
ya mi amor no te lo impide.  
LUISA. (Acercándose al balcon vivamente.)  
¡Dios salve al que así decide  
ENTRE EL DEBER Y EL DERECHO.  
(Luisa se arrodilla llorando, Félix mira tristemente la marcha del regimiento. Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

## ZARZUELAS.

Consuelo... de tontos.....	1	Sres. Granés y Varios...	L.
Contra ira paciencia.....	1	D. Federico de Olona..	L.
Dudas y celos.....	1	C. Navarro.....	L. y M.
El salto del Gallego.....	1	Sres. Granés, Navarro y Nieto.....	L. y M.
Las ferias.....	1	Sres. Barranco, Ossorio, y Bernard.....	L. y M.
Los dos cazadores.....	1	D. G. Cereceda.....	M.
Los duelos con pan son menos. ....	1	Sres. Fovedano, Granés, y Prieto. ....	L. y M.
Ternera, 7, 3.º.....	1	Sres. Navarro y Cuartero	L.
El hijo de la bruja. ....	3	D. Emilio Álvarez.....	L.
La banda del Rey.....	3	Sres. Álvarez y Caballero.....	L. y $\frac{1}{2}$ M.

# PUNTOS DE VENTA.

---

## MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, números 18 y 20.

## PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

## PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—  
Lisboa.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.